



Trabajo Fin de Grado

Momificación, embalsamamiento y ritos
funerarios en el Antiguo Egipto

Mummification, embalmment and funerary
rites in Ancient Egypt

Autora

Claudia Varela de Seijas Morales

Directora

Silvia Alfayé Villa

Facultad de Filosofía y Letras
Departamento de Ciencias de la Antigüedad
2018

Momificación y ritos funerarios en el Antiguo Egipto

ÍNDICE

1. Introducción.....	3
1.2 Estado de la cuestión.....	4
2. El concepto de la muerte en el Antiguo Egipto.....	9
2.1 Los componentes del ser humano.....	12
3. Literatura funeraria y textos sagrados.....	15
3.1 Papiros que recogen las prácticas de momificación.....	20
4. Las razones de la momificación.....	22
4.1 Proceso de momificación.....	25
4.2 Evolución de la momificación a lo largo del Egipto faraónico.....	31
5. Rituales funerarios.....	40
5.1 El mito de Osiris.....	40
5.2 Ritual de embalsamamiento.....	42
5.3 Funeral egipcio.....	44
5.4 Ritual de la apertura de la boca y ofrendas funerarias.....	49
6. Usos de las momias.....	52
7. Conclusiones.....	55
8. Bibliografía.....	58
9. Anexo I.....	63
10. Anexo II.....	70
11. Anexo III.....	85

INTRODUCCIÓN

El objetivo de mi trabajo es plasmar la información que ha sido recopilada por diferentes historiadores en sus estudios a lo largo de los años, sobre un tema que es tan intrínseco a la Historia de Egipto como lo fue Julio César a la Historia de Roma o los Reyes Católicos a la Historia Moderna española. Me refiero a las momias. Para poder avanzar creo necesario explicar en primer lugar qué es una momia y cómo surge este concepto de momia (esto lo explicaré en el *Estado de la Cuestión*). Momia es un término que se aplica a cualquier cuerpo en el que ha sido paralizada la acción de descomposición, ya sea por medio de resinas, bálsamos, o de manera natural.

El ámbito de este trabajo centra su localización geográfica en Egipto. Acotar este trabajo cronológicamente es más complicado, ya que por lo general, me he centrado más en relatar el Imperio Nuevo. Desde mi punto de vista, la Historia, no puede ser desgajada por partes, debe ser entendida como un todo lineal y para ello muchos aspectos deben comprenderse desde el principio, con la evolución que sufre y, esa es la razón principal para que en mi trabajo abarque, cronológicamente, un período de más de tres milenios.

Una de las mayores limitaciones que encuentro a la hora de estudiar la momificación y el embalsamamiento egipcio es que las técnicas de época romana se conocen muy bien gracias a los papiros que conservamos, pero de época faraónica sólo conservamos algunas inscripciones sobre momificación. De tal manera que si sólo contásemos con esto no podríamos llegar a una aproximación sobre los procedimientos y ritos funerarios. Gracias a la combinación de ambas fuentes se ha conseguido hacer un relato que da una aproximación a las técnicas de momificación y embalsamamiento que usó durante milenios la población que habitaba las tierras egipcias. Otro de los problemas que he encontrado es que en diversos aspectos no hay consenso entre los académicos, pero eso lo explicaré a su debido tiempo.

Los temas escatológicos, por lo general, son los que más atraen a la hora de estudiar o investigar sobre una sociedad, y en el caso de Egipto todo lo relacionado con la religión y muerte, arqueológicamente hablando, está construido con materiales perdurables. Por ello, se conserva mucho mejor, es más fácil de estudiar y podemos comprender mejor su significado, pero también, a la contra, es más complicado arrojar nueva información sobre estos temas.

La metodología sobre la que he basado mi trabajo es la recopilación, el análisis y comparación de diversas fuentes literarias, tanto antiguas como modernas, y también su contrastación con las fuentes arqueológicas, y el análisis de la producción historiográfica y de los estudios que los investigadores han hecho en tiempos anteriores y/o contemporáneos al mío.

El capítulo *Evolución de la momificación a lo largo del Egipto faraónico*, a mi parecer, es uno de los capítulos más difíciles y por ello voy a basar esa parte de mi trabajo principalmente en tres autores: Arthur C. Aufderheide (2003, 217-242), Rosalie David (2008, 10-21) y José Miguel Parra Ortiz (2010, 65-78), ya que por cuestiones problemáticas de cronologías confusas en cuanto a los períodos veo preferible fundamentar mi trabajo en estos autores, aunque pueda remitir a otros para ampliar la información presentada.

ESTADO DE LA CUESTIÓN

Es prácticamente imposible hacer un análisis de todos los autores que han contribuido al estudio de la momificación, el embalsamamiento y los rituales funerarios, temas sobre los que versa este Trabajo de Fin de Grado. Una de las mayores dificultades radica en la diversidad de campos de estudios de las diferentes personas que han aportado sus conocimientos al estudio de la momificación y el embalsamamiento. Diversidad en cuanto al ámbito de trabajo, ya que este ámbito de estudio no sólo ha correspondido a historiadores de todas las épocas sino también a lingüistas, filólogos,

médicos o científicos, algunos de ellos tan conocidos e importantes como Reisner, Smith, Piankoff, Budge o Brieb. Y dificultad en mi trabajo en cuanto a que la tarea de recopilación ha incluido horizontes más amplios.

Desde su aparición, la práctica de la momificación fue conocida por todos los territorios cercanos a Egipto. Entre ellos, los griegos sintieron tanta curiosidad por esta costumbre funeraria que fue precisamente Heródoto (siglo V a.C.) el primer historiador que ofreció una descripción sobre el proceso de embalsamamiento (*Vid. Anexo I, texto 1*). Otros griegos que también aportaron su granito de arena al conocimiento de la Historia de Egipto y la momificación fueron Estrabón (siglo I a.C.) y Diodoro Sículo (siglo I a.C.). En época romana acabaron adquiriendo el nombre de “*momia*”, el responsable de esto fue Plinio el Viejo (siglo I d.C.), debido a una sustancia, gomosa y negra, de penetrante olor, que en Persia afloraba de manera natural, que hoy se conoce como betún y que los persas llamaban *mumia*. Etimológicamente, *mumia* significa “bitumen” o “brea”. Fue asociada al color negro y a las sustancias bituminosas. Durante siglos, se afirmó que esta *mumia* tenía propiedades medicinales, de tal manera que cuando la demanda superó a la oferta, se buscó otra fuente de *mumia* y se encontró así los cuerpos conservados de los antiguos egipcios. Como estos a menudo tenían una apariencia ennegrecida y bituminosa se estableció que tenían las mismas propiedades que la *mumia*. En consecuencia, el tejido de estos cuerpos se comenzó a utilizar como un ingrediente medicinal y se hicieron conocidos como momias.

Se pueden encontrar abundantes referencias a estas sustancias tanto en el tratado médico de Dioscórides (40-90) como en el de Avicena (980-1037), que nos dicen que era “remedio eficaz, tanto inhalada como ingerida, para tratar abscesos, erupciones, fracturas, epilepsias, vértigos, etc.” (Parra Ortiz, 2010, 20-21). Su uso se extendió rápidamente por Europa, y con ello comenzaba un negocio de importación-exportación de un producto que hoy se usa para asfaltar las calles. Aumentó tanto la demanda de *mumia* que se agotaron los recursos persas. Finalmente, los mercaderes orientales encontraron un sustituto del betún en las prácticas de embalsamamiento con el uso de

aceites y resinas que al secarse se endurecen y al oxidarse adquieren una consistencia y color muy parecidos al uso del betún natural. Los médicos occidentales consideraron que el cambio había sido para mejor.

Faltaban aún muchos años para la aparición de la Egiptología como ciencia, de modo que a nadie le preocupaba el destino de unos restos humanos viejos y polvorrientos. Con el sustituto del betún natural se frenó la demanda de *mumia*, no sin antes dejar como herencia su nombre a todos los seres muertos cuyo proceso de descomposición pudo ser detenido.

A lo largo de toda la Historia de Egipto siempre se ha prestado atención a la momificación y a su significado; también se han estudiado las técnicas, los ritos que se llevaban a cabo antes de la momificación, durante y después de la misma, y también los investigadores han estudiado el cambio y el desarrollo que se ha producido a lo largo de la historia del Antiguo Egipto¹. Todas estas cuestiones son también objetivos a tratar en mi trabajo junto con el estudio de la literatura funeraria egipcia, aspecto importantísimo si tenemos en cuenta que los investigadores la han tomado como pilar básico para sus estudios.

Con la llegada de la religión cristiana a Egipto quedarán ya muy pocos egipcios que puedan entender los jeroglíficos de sus antepasados iniciándose un silencio que durará quince siglos. Ya en el Renacimiento y el Barroco se despertó un gran interés por todo lo egipcio, destacando la figura de Athanasius Kircher (1601-1680). En el siglo XVII el cónsul de Luis XIV realizaba la apertura de una momia egipcia, convirtiéndose en el primer occidental en hacerlo, y en el siglo XVIII, Charles Hertzog fue el primero en publicar en la prensa escrita los resultados de una apertura².

¹ Remito a *La Tabla Cronológica* del Anexo III.

² Aunque es Thomas Pettigrew quien hizo el primer estudio científico de una momia en 1834, *History of Egyptian mummies*, London, Longman, Rees, Orme, Brown, Green and Longman, Londres.

Se podría decir que la fuente originaria de la egiptología es *Lettre à M. Dacier relative à l'alphabet des hiéroglyphes phonétiques employés par les Égyptiens pour inscrire sur leurs monuments les titres, les noms et les surnoms de souverains grecs et romains* de Champollion, un estudio sobre la célebre Piedra de Rosetta. El descubrimiento del lingüista fue sumamente importante porque nos devolvió una cultura que se había vuelto ilegible. Con el desciframiento de la Piedra Rosetta en 1822 es cuando verdaderamente se puede hablar del nacimiento de la Egiptología científica.

La Piedra Rosetta fue descubierta en el transcurso de las expediciones de corte militar de Napoleón por Egipto. Las consecuencias fueron enormes para la Historia, ya que a partir de la expedición que realizó Napoleón Bonaparte en 1798 y la publicación del libro *Description de L'Egypte* en 1809, se incrementó el interés por todo lo relacionado con el Antiguo Egipto y, a consecuencia se incrementó también el colecciónismo de momias. Unas momias que llegaron traídas por aventureros como Giovanni Battista Belzoni, quien procedió a la apertura de momias reales tan importantes como Ramsés I y Seti I sin aplicar ningún método científico.

Posteriormente, gracias a autores del XIX como Emmanuel de Rougé, Auguste Mariette, Carl Richard Lepsius y Heinrich Brugsch, se inició el desarrollo progresivo de la investigación sobre Egipto y un período de grandes hallazgos en el Valle del Nilo. Los años que van del 1881 al 1914 son los considerados como la “Edad de oro de la Egiptología”; sin embargo, las guerras mundiales frenaron el avance de la investigación. Mención especial merece Sir Flinders Petrie (1853-1942) y su llamada “búsqueda del tesoro” de las tumbas que, lejos de parecer algo idílico, se tornó en la destrucción de grandes monumentos. Sus trabajos fueron completados por James Edward Quibell. Por otra parte tampoco podemos olvidarnos de Gaston Maspero, que se dedicó desde 1881 a la organización de diversos grabados y a la protección de las antigüedades: “con el descubrimiento y la investigación de los *Textos de las Pirámides*³, así como el

³ Sin duda, todo el corpus literario funerario fue indispensable para el estudio de todo lo relacionado con la religión y visiones del Más Allá, etc. (véase capítulo de *Literatura funeraria*).

hacinamiento de momias comenzaron sus andaduras por el mundo de la Egiptología” (Hornung, 2000, 23).

Con el descubrimiento fortuito de los rayos X en 1895 se empezó a disponer de los medios necesarios para no tener que desenvolver a las momias a la hora de estudiarlas. Al principio solo algunas momias tuvieron ese trato de favor, ya que las radiografías eran un proceso delicado y caro. Sin embargo, con la introducción de los rayos X se va abriendo un cambio que al final resultará imprescindible para hacer extensiva y comprensible la información que contienen las momias. Poco a poco las bases de los estudios exhaustivos de las momias se fueron centrando en técnicas no invasivas y no destructivas, lo cual ha ayudado tanto que ahora ni siquiera es necesario sacarlas de sus ataúdes para estudiarlas (*Vid. Anexo II, figura 1*), ya que gracias a los famosos TAC (Tomografía Axial Computerizada) podemos tener un conocimiento más profundo incluso del que en sus tiempos obtuvo Gaston Maspero al abrir la momia de Tutmosis III (Parra Ortiz, 2010, 38) (*Vid. Anexo II, figura 2*).

En 1922 Howard Carter realizó el hallazgo de la tumba de Tutankhamón. Se considera el descubrimiento arqueológico más importante de todos los tiempos, ya que es la única tumba intacta que se ha encontrado hasta el momento. En el siglo XX la investigación cambió, estuvo marcada por los estudios de anatomistas del Museo Egipcio de El Cairo, como Gaston Maspero, Grafton Elliot Smith y William James Perry, entre otros. Las técnicas siguieron, y en el presente siguen, evolucionando, en mi opinión hacia mejor. Siempre con el objetivo presente de acercarnos cada vez más a un pasado que poco a poco esta más cerca de lo que nos imaginamos.

En cuanto a la historiografía actual es importante destacar a Wallis Budge (1893; 1979), Esteban Llagostera (2010), Jan Assmann (2005), Jean-Claude Goyon (1972), Antonio Morales (2015), Jose Miguel Parra Ortiz (2010), Pedro Palao Pons (2000) o Rosalie David (2008).

EL CONCEPTO DE LA MUERTE EN EGIPTO

La civilización del Egipto faraónico, a simple vista, parece haber estado dominada por la muerte, tal era así que se encuentran tumbas monumentales destinadas a grandes personajes, extrañas imágenes del Más Allá que decoran las paredes de las tumbas, papiros funerarios, momias conservadas en sarcófagos... Todo esto me lleva a decir que a primera vista es cierto: en aquella sociedad, la muerte era omnipresente. Sin embargo, ellos no anhelaban la muerte sino más bien todo lo contrario, amaban la vida y deseaban aferrarse tanto a ella que dedicaban gran parte de su existencia a los preparativos de “la otra vida”, la vida en el Más Allá.

Su manera de entender la vida y la muerte quedó reflejada en las viviendas y las tumbas, ya que mientras sus hogares fueron construidos con materiales perecederos y frágiles como el ladrillo crudo, las tumbas fueron hechas en piedra, mucho más resistentes al paso de los años, aunque hayan sido objeto de saqueos y depredaciones. Gracias a esto se puede comprender que los egipcios entendían la vida terrenal como algo temporal, frente a una vida eterna después de la muerte. Además, las necrópolis estaban generalmente situadas en el límite con el desierto, ya que la tierra del valle había que reservarla para los cultivos (Taylor, 2001, 10-12).

Con el paso del tiempo se desarrollaron unas técnicas de excavación más atinadas y se dio paso a un trabajo más sistemático sobre los restos humanos y sobre el ajuar funerario, y en consecuencia se pudo arrojar más luz acerca de las ideas que tenían los egipcios sobre la muerte, y también, por contraste, lo que pensaban de la vida y lo que esperaban de ella. A los egipcios, la muerte les asustaba; esto se ve reflejado en numerosas inscripciones funerarias desde el Reino Nuevo hasta la época ptolemaica (Dunand y Lichtenberg, 2010, 41-42).

La muerte se consideraba como la separación o el viaje sin retorno y esto se expresaba así en ciertos textos como *El Canto del Arpista*, también llamado *El Canto de*

Antef, (*Vid. Anexo I*, texto 2). Sobre lo que les esperaba a los difuntos en el Más Allá, a veces se manifestaba una visión pesimista, como puede verse en una inscripción de la tumba de Neferekheru, de la época de Ramsés II (Dunand y Lichtenberg, 2010, 42) (*Vid. Anexo I*, texto 3). En los textos funerarios, sobre todo, se reiteraba sin cesar esa doble condición, ese doble carácter, que tenía la muerte: a la vez imprevisible e irremediable, como se puede ver en una inscripción de la tumba de Taimhotep, Saqqara, siglo I a.C. (Lichtheim, 2006, 63) (*Vid. Anexo I*, texto 4).

Por lo demás, en esos mismos textos lo que se afirmaba era el gusto por la vida y la voluntad de disfrutarla. A menudo, el mismo difunto exhortaba a los supervivientes a “hacer del día una fiesta”, como se ve en la siguiente inscripción de una mujer fallecida que aconseja a su marido (Lichtheim, 1980, 62-63):

¡Oh Osiris (nombre del difunto)! ¡Por ti viene el precioso aceite para regenerar tu capacidad de andar! ¡Para ti viene el aceite mineral que ennegrece, para que tus orejas estén listas en cualquier país, que el espacio por el que manchas sobre la tierra sea vasto, que tus pasos sean grandes templos!.

Entre las enseñanzas que a lo largo de los tiempos se han atribuido a los egipcios antiguos, y que versaban sobre la vida en este mundo y sobre los medios para hacerla dichosa gracias a un buen comportamiento, la muerte y el Más Allá no aparecen como una preocupación esencial. La ideología funeraria egipcia irá evolucionando con el paso del tiempo y quedará definida básicamente por varios elementos (Parra Ortiz, 2010, 42-44; López Grande, 1994, 13-21). Esta ideología además condicionará la topografía del allende y esto se ve en:

La geografía del valle del Nilo

La geografía del valle del Nilo (*Vid. Anexo II*, figura 3) era uno de los pilares sobre los cuales se asentaba la ideología faraónica. El desierto y el sol moldearon el modo egipcio de entender el mundo y la muerte, pero sobre todo jugaron un papel esencial las periódicas inundaciones del Nilo que cada año, a comienzos del verano,

dejaban un manto líquido repleto de vida que posteriormente se acababa convirtiendo en una capa de la fértil tierra negra llamada limo. Este ciclo vida-muerte-renacimiento ligado a las aguas del Nilo y la dirección norte-sur de su corriente es el primer elemento presente en las creencias funerarias egipcias.

El Sol

El Sol es el mismo para todos los habitantes del planeta pero su fuerza es desigual dependiendo del punto geográfico en el que te encuentres. En Egipto, el Sol es vital, por eso no fue extraño que Ra, el dios Sol, (*Vid. Anexo II, figura 4*) se acabase convirtiendo en el dios principal. Ra se enfrentaba noche a la serpiente *Apefis* —nombre griego, nombre egipcio *Apopef*—, que intentaba apoderarse de él y destruirlo durante las doce horas que este vagaba por el mundo subterráneo. Sin embargo, a diario vencía a las fuerzas del mal y aparecía, a la mañana siguiente, por el Este, con vigor renovado.

El ciclo amanecer-anochecer, renacimiento-muerte, Este-Oeste es un segundo elemento del modo egipcio de enfrentarse a la pérdida de la vida como afirma Parra Ortiz (2010, 43-44):

Es el origen de la existencia de dos mundos, el de los vivos y el de los muertos, así como de la creencia del renacimiento en el segundo tras fallecer el primero. También lo es la necesidad de situar la tumba y el mundo de los muertos en el horizonte Oeste, por donde desaparecía a diario el sol.

La tierra de los vivos se encuentra en el Este y la tierra de los muertos en el Oeste. En relación a esto se puede contar con muy diversa literatura funeraria que pasará a explicar en capítulos posteriores (*Vid. capítulo Literatura funeraria y Textos sagrados*).

La conservación del cuerpo del difunto

Por último, pero no menos importante, estaba el tercer factor. Los egipcios, desde siempre, habían enterrado a sus muertos en la arena de los desiertos que flanqueaban el Nilo, en especial en la orilla Oeste. Allí, lejos de las zonas cultivadas, los difuntos podían reposar en paz, al menos, hasta que los habitantes de los poblados vecinos saqueaban la tumba (Parra Ortiz, 2010, 44):

Además de redistribuir la riqueza enterrada, el saqueo de las tumbas demostró a los egipcios que los cadáveres inhumados en el desierto siguiendo el ritual adecuado no desaparecían. Si se conservaban intactos, ello hacía suponer que lo mismo acontecía con la persona; pero transformada en algo diferente y habitando en un lugar ajeno a este mundo: el Más Allá.

La relación entre la tumba y el cuerpo intacto era el tercer elemento básico de la ideología funeraria egipcia. Con lo explicado aquí se ve la necesidad que tenían los egipcios por construir una tumba y conservar en ella el cuerpo del difunto.

LOS COMPONENTES DEL SER HUMANO.

Según la cosmovisión egipcia, en la propia esencia humana coexistían diversas potencias espirituales, que no podían desaparecer, como no podían desaparecer los dioses. Según su antropología, el ser humano estaba formado por diversos elementos.

Una vez que asumieron que se podía sobrevivir a la muerte trataron de explicar el proceso de la misma y con ello llegaron a la conclusión de que el hombre estaba formado por varios elementos, los cuales se pueden dividir en dos categorías: los elementos tangibles y los elementos intangibles (Parra Ortiz, 2010, 44-51; Alegre, 2017, 164-168; Eliade, 1999, 513).

En total eran cinco elementos los que formaban al ser humano y lo individualizaban del resto: el nombre (*ren*), la sombra (*shuyt*), el cuerpo (*djet*), el *ka* y el

ba, siendo los tres últimos imprescindibles para la ideología funeraria. Además, existía el *aj*.

El nombre, *ren* (*Vid. Anexo II, figura 5*), definía a la persona como ser humano y la contenía en esencia. Algunos apelativos concretos expresaban deseos o circunstancias de la persona a la que hacían referencia. En el caso de los faraones la importancia del nombre era aún mayor y por eso su titulatura completa constaba de un total de cinco nombres, que como bien reflejó Parra Ortiz (2010, 45) son: “El de Horus”, el de “las dos señoras”, el de “Horus de oro”, el de “el junco y la abeja” y el de “Hijo de Ra”. Además de todo, como los egipcios creían que las cosas escritas cobraban vida al ser leídas, grababan el nombre de la persona fallecida en su tumba para asegurar la vida eterna de la misma, ya que si se borraba el nombre se perdería la memoria de la existencia de dicha persona. Por eso en las tumbas se describió lo que le pasaría a la persona que incurriera en acciones de *damnatio memoriae*.

Por otra parte estaba la sombra, *shuyt* (*Vid. Anexo II, figura 6*), que era inseparable del cuerpo e impalpable pero totalmente visible. Contenía algo de la persona a la que representaba, era de color negro, está escasamente representada y para conservarla era imprescindible mantener el cuerpo.

En tercer lugar, el cuerpo o *djet* era el contenedor físico, único e intransferible de la persona, el punto de encuentro de las partes no físicas del individuo, el armazón que permitía llevar una vida terrenal... Era imprescindible conservarlo, ya que con esto aseguraban su supervivencia eterna, porque sin él los elementos no físicos terminarían vagando perdidos por el mundo de los vivos, al carecer de un lugar de retorno donde habitar. Ese cuerpo no podía desaparecer con la muerte, de ahí las prácticas del embalsamamiento y la exigencia de conservar indefinidamente el cuerpo.

Dentro del cuerpo quiero destacar lo que los egipcios consideraban que era el órgano de la vida física y psíquica, hablo del corazón, *ib* (*Vid. Anexo II, figura 7*). Para

los egipcios era donde residía la vida consciente, donde se situaban no sólo la razón sino también los deseos y, por tanto, lo consideraron el elemento imprescindible.

Entre los componentes espirituales del hombre, es decir, entre aquellos elementos intangibles, los egipcios destacaban ante todo tres de muy difícil y cambiante definición: el *ka*, el *ba* y el *akh* o *aj* (este último no es uno de los elementos que acompaña al ser humano).

Uno de los conceptos más complejos acerca de la vida y de la muerte era el denominado *ka*. Teóricamente, el *ka* simboliza la fuerza vital (Eliade, 1999, 513-154). Es significativo que junto a algunos cuerpos momificados se encontraron también figurillas arquetípicas de madera que representaban este *ka*, y que indicaban que la fuerza vital del *ka* estaba cerca del difunto. Se le representa con los brazos y las manos alzadas. Una de las imágenes más famosas es la estatua del monarca Auibre Hor I, de la Dinastía XIII, (*Vid. Anexo II, figura 8*), a la que se le alimentaba tras la muerte.

Según diversos académicos había un concepto aún más complicado de explicar que el anterior: el *ba*. Sencillamente explicado era el alma de la persona (Budge, 1893, 159-160). Tras la muerte era la encarnación de su espíritu. Este componente del ser humano quedaba representado como un pájaro con cabeza humana, o bajo cualquier forma que el difunto quisiera escoger para su transformación (*Vid. Anexo II, figura 9*). El *ba* era, en última instancia, el nexo de unión entre lo humano y lo divino, o si se quiere, el intermediario entre el inframundo y la momia.

Al hombre, tras su muerte, se le manifestaba su *akh* (o *aj*⁴). A este componente se le figuraba como un ibis (*Vid. Anexo II, figura 10*). Aunque es una noción muy enigmática, frecuentemente era representado como la fusión del propio *ba* y *ka*. Según

⁴ Otra traducción para *aj* puede ser, en palabras de Franco (1994), “principio luminoso e inmortal que forma parte integrante del individuo. Los *aju* son entidades sobrenaturales en las que se pueden manifestar los dioses o los muertos”.

las fuentes literarias, hasta el Reino Medio solo el faraón poseía la capacidad de convertirse en *akh*, aunque todos los egipcios tenían la esperanza de convertirse en *akh* y residir como *aj* en las estrellas junto con los dioses y los *akh* como muestran, los *Textos de las Pirámides* (Parra Ortiz, 2010, 51).

Se podría considerar que otro elemento que se vincula con la identidad pero que no es tan importante como los anteriores, es el olor personal, (Alegre, 2017, 156). Cada individuo tenemos un olor propio que nos diferencia del resto, nos individualiza y caracteriza. Muchos de estos componentes aparecen en el *Libro de los Muertos*, sobre todo en el capítulo 188 (Lara Peinado, 2009, 415), donde hay referencias al alma, la sombra, la forma, el aspecto y la esencia (*Vid. Anexo I, texto 5*).

LITERATURA FUNERARIA Y TEXTOS SAGRADOS

Se puede decir que la muerte en el Egipto antiguo era considerada como un viaje repleto de peligros. Por eso se hizo necesario crear un *corpus* funerario que guiase al difunto ante los posibles obstáculos que se le presentaban en su travesía hacia el Más Allá, así como también una vez que ya estuviera allí. El desarrollo de esa literatura funeraria supuso su representación en las paredes de las cámaras funerarias de los faraones de la V dinastía (2450-2325 a.C.), las cuales se cree que hasta este momento estuvieron desprovistas de cualquier tipo de decoración.

Como principales obras literarias funerarias destacan, según el orden cronológico de las mismas: los *Textos de las Pirámides*, los *Textos de los Sarcófagos*, el *Libro de los Muertos* y el *Amduat*. Se trata de cuatro grandes colecciones de textos religiosos que surgieron en distintos períodos con un mismo objetivo: asegurar la llegada del faraón difunto al Más Allá, donde éste se reuniría con el resto de las divinidades egipcias.

En un primer momento, cuando se ignoraba el arte de escribir, los sacerdotes funerarios eran los encargados de recitar las fórmulas cada vez que la muerte de un rey asolaba al reino. Será hacia el 2400 a.C. cuando dichas fórmulas empiecen a fijarse por escrito en las cámaras, antecámaras y pasajes de las pirámides, y esa es precisamente la razón por la que recibe el nombre de *Texto de las Pirámides*⁵. La primera gran colección fue recopilada por los sacerdotes de Heliópolis entre las dinastías V y VIII, e inscrita sobre las paredes de la cámara funeraria del rey Unas (*Vid. Anexo II, figuras 11 y 12*).

Consta de 759 “declaraciones” de contenido muy diverso, que componen un conjunto de súplicas, encantamientos y conjuros cuya finalidad era la de proporcionar la vida eterna al rey, y ayudarle tanto en el viaje al Más Allá como en la estancia eterna, es decir, garantizar su travesía al allende.

Con el paso del tiempo, se desarrolla otra gran colección de escritos funerarios que fueron el resultado de la evolución de los *Textos de las Pirámides*: se trata de los denominados por los egiptólogos *Textos de los Sarcófagos*⁶ (*Vid. Anexo II, figura 13*), 1.130 fórmulas mágicas que empezarán a ser escritas durante el I Período Intermedio y que se pueden encontrar sobre todo en los sarcófagos de las tumbas del Valle de los Reyes del Imperio Medio.

⁵ Para ampliar los contenidos sobre los *Textos de las Pirámides* cf. entre otros ALLEN, P. (1989), *The Cosmology of the Pyramid Texts*, Yale; ALTMÜLLER, H. (1972), *Die Texte zum Begräbnisritual in den Pyramiden des Alten Reiches*, Wiesbaden; FAULKNER, R. O. (1969), *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*, London, Oxford; HAYS, H. M. (2002), *The worshipper and the worshipped in the Pyramid Texts*; PIANKOFF, A. (1968), *The Pyramid of Unas. Texts Translated with Commentary*, Princeton.

⁶ Sobre los *Textos de los Sarcófagos* cf., entre otros, ALTMÜLLER, B. (1975), *Synkretismus in den Sargtexten*, Wiesbaden; BORGHOUTS, J. F. (1973), *Inleiding Coffin Texts*, Amsterdam; LESKO, L. H. (1972), *The ancient Egyptian Book of Two Ways*, Berkeley/Los Angeles/Londres; OTTO, E. (1977), «Zur Komposition von Coffin Texts Spell 1130», en ASSMANN, J. (1977), *Fragen an die altägyptische Literatur. Studien zum Gedenken an Eberhard Otto*, Wiesbaden; PIANKOFF, A. N. (1974), *Wanderings of the soul*, New York.

Este conjunto de fórmulas estaba destinado no únicamente a los faraones, sino también al resto de ciudadanos particulares, con lo cual se asiste a una ampliación de los privilegios funerarios que anteriormente quedaban reservados exclusivamente al rey. El *corpus* está constituido por varias unidades que forman en sí mismas libros individualizados, por ejemplo, el *Libro del Campo de las Ofrendas* —fórmulas 464-468—, el *Libro de las Palabras Divinas* —fórmulas 404-405—, y el *Libro de los Dos Caminos* —fórmulas 1029-1185— (Lara Peinado, 2009, 39; Zamacona, 2006-2007, 54). Además, surgirán variaciones de los textos según la localización geográfica.

Los nuevos textos, copias de los anteriores, se depositaban en las tumbas, junto a los muertos, para asegurarse de que el fallecido tendría una buena vida eterna. *El Libro de los Muertos* continuaba la tradición iniciada en los *Textos de las Pirámides*, y a partir del reinado de Tutmosis III (1479-1425 a.C) pasó a ser el “manual” por excelencia de acceso al otro mundo, ya que debido a su coste todos pudieron acceder a él. Es un libro anónimo cuyo contenido va evolucionando, según las circunstancias religiosas e históricas, añadiéndose nuevos materiales hasta la época Saíta (727-715 a.C), momento en que se produjo su canonización definitiva y se desarrolló su máxima expansión bajo los Psaméticos (625-525 a.C), fijándose el orden de las fórmulas anteriormente dispuestas de manera aleatoria.

Se conocen innumerables copias del *Libro de los Muertos*⁷ desde el Reino Nuevo en adelante, siendo la versión más conocida el Papiro de Ani (*Vid. Anexo II*, figura 14), escrito hacia el 1300 a.C. y descubierto por Wallis Budge. Llegó a ser uno de los elementos imprescindibles, junto con la momia, para tener un enterramiento correcto (Parra Ortiz, 2010, 54). Al contrario que el resto de textos funerarios contemporáneos a este, el *Libro de los Muertos*, conocido por los egipcios como *Libro de salir al día*,

⁷ Sobre el *Libro de los Muertos* cf. entre otros ANDREWS, C. (1985), *The Ancient Egyptian Book of the Dead*, Nueva York; BUDGE, E. A. W. (1991), *A hieroglyphic vocabulary to the Theban recension of the Book of the Dead*, Nueva York; MORET, A. (1902), *Le rituel du culte divin journalier en Égypte*, París; LARA PEINADO (2009), *El Libro de los Muertos*, Madrid.

recoge en sus 192 “capítulos”⁸ consejos, instrucciones y trucos para tener, entre otras cosas, un juicio favorable en el pesaje de las almas, elemento central del acceso al Más Allá. Era, en definitiva, la mejor guía para adentrarse en el mundo de Ultratumba, y en ocasiones el *Libro* ayudaba a hacer frente a los enemigos o asistía contra el hambre y la sed del Más Allá, pero sobre todo permitía al difunto “salir al día”, es decir, le posibilitaba tomar parte en las ofrendas funerarias a él dispensadas y, finalmente, alcanzar la inmortalidad.

Paralelo al *Libro de los Muertos* surgió en Tebas el *Libro de las Respiraciones*. Era un *corpus* funerario que, al igual que los anteriores, también presentaba una gran variedad de fórmulas, inspiradas en las antiguas pero que además introducía algunas novedades. Los egipcios distinguían entre dos *Libros de las respiraciones* según la autoría: el primero se atribuía a Isis, y el segundo se atribuía a Thot, dios de la sabiduría y de la escritura. Además de las múltiples descripciones del Más Allá, se destacan las virtudes y los buenos actos del difunto, hecho imprescindible para que el fallecido pudiera acceder a la vida eterna tras el veredicto del juicio de Osiris. Por otra parte, se recalca la importancia de que el fallecido respirase de nuevo, a través del *ba*, teniendo acceso todos los días al aire fresco y puro. Finalmente, el *Libro de las Respiraciones* acabó reemplazando al *Libro de los Muertos* en el Alto Egipto a finales de la Baja Época (715-332 a.C.) (Coenen, 1998, 37).

También era importante destacar otra literatura religiosa egipcia que estaba destinada a relatar los viajes que realizaba el dios Ra durante las horas nocturnas. En primer lugar, el más conocido: el *Libro de Amduat*, denominado así por el egiptólogo Gaston Maspero pese a que los egipcios lo llamaban el *Libro del Salón Escondido*, título que alude a la morada subterránea de Osiris, y que fue compuesto durante el Imperio Nuevo, en época de Tutmosis I (1504-1494 a.C.). Este libro describía el viaje que realiza Ra durante las doce horas de la noche por el otro mundo, y se divide en doce capítulos, centrándose cada uno de ellos en una de las horas. El paso de una hora a otra

⁸ Por ahora no se conoce ningún ejemplar que contenga todos los “capítulos” al completo.

venía marcado por la superación de los encargos estipulados por Isis y finalizaba cuando la barca que transportaba al escarabeo, símbolo del devenir, era arrojada por la boca de la serpiente *Apoфis* (*Vid. Anexo II, figura 15*) otra vez a la luz del nuevo día. Fue la primera vez que el faraón aparecía asimilado a Ra, y debía realizar el mismo ciclo de regeneración que realiza él.

Posteriormente, sobre el sarcófago de Horemheb (1333-1305 a.C.), se pintó el llamado *Libro de las Puertas*, en el que volvemos a encontrar el tema recurrente del viaje nocturno del sol a través del mundo subterráneo. Dicho mundo estaba dividido en compartimentos, cada uno de los cuales poseía una puerta, vigilada por un guardián armado con un cuchillo, que el difunto —el faraón— debía franquear antes de llegar a la región de los espíritus puros y morar allí para siempre.

En el sepulcro de Seti I, en Abidos, apareció por primera vez el *Libro de las Cavernas*, que es el libro funerario de los soberanos ramésidas. Se trata de una colección de fórmulas mágicas con las cuales se hacía frente a los peligros y se placaba a los dioses de las diferentes cavernas que el difunto debía atravesar en el Más Allá. La versión más conocida se halló en la tumba de Ramsés IV. También en Abidos se fijó el *Libro de Nut*, cuyos textos aludían al viaje del Sol por las diversas regiones del Más Allá.

A la Dinastía XIX (1305-1186 a.C) pertenece el *Libro de la Tierra*, cuya versión más completa apareció en la tumba de Ramsés IV (Lara Peinado, 2009, 41), y que se centra en el viaje nocturno del sol a través de diferentes dioses como Geb o Ta-tenen.

También se puede destacar un último texto, *La Letanía de Ra*, que apareció escrita en la entrada de las tumbas, y que enumeraba las 74 formas que tiene el sol y las 75 invocaciones distintas mediante las cuales el faraón se asimilaba al sol y poco a poco se identificaba con sus tres aspectos (Ra, Atum, Khepri). Para finalizar, el *Libro de la Vaca Celeste*, presente en la tumba de Tutankhamón (1346-1337).

Todos estos libros y textos en realidad lo que describen es el viaje nocturno del sol por el mundo subterráneo, un mundo, como he expuesto anteriormente, dividido en doce regiones correspondientes a las horas de la noche y unidas entre sí por un río.

PAPIROS QUE RECOGEN LAS PRÁCTICAS DE MOMIFICACIÓN

Muchas veces el propio difunto dejaba por escrito como deseaba que fuese su ritual de embalsamamiento años antes de fallecer. Se sabe de la existencia de documentos en los que se detallan tanto los pasos a seguir durante el embalsamamiento, como los textos que debían ser recitados durante cada uno de ellos. Por desgracia no se conserva ninguno de época faraónica, pero sí se conservan algunos de época romana.

Sin duda, los ejemplos que se han conservado más completos y que hablan del ritual de embalsamamiento son dos textos en escritura hierática, de longitud desigual, fechados en los siglos I-II d.C., copiados de una misma fuente.

Se trata de El *Papiro Boulaq III*, que se encuentra actualmente en el Museo de El Cairo, que se descubrió en Tebas a finales del siglo XIX y que fue publicado en 1871 por Auguste Mariette. Está incompleto, ya que falta todo el comienzo del texto y la autoría se atribuye a Heter, hijo de Harsieris y de Tayler, profeta de la diosa Uadjet (Palao Pons, 2000, 82).

El otro texto es el *Papiro Louvre 5158* que fue publicado por Gaston Maspero años después que el anterior y está más incompleto que el primero, aunque se han conservado algunas de las viñetas de adornaban la parte superior de los textos. Pese a su brevedad también aporta datos interesantes sobre el ritual de embalsamamiento. Se desconoce su origen aunque debió tener un origen tebano, como el anterior. Los arcaísmos encontrados en ambos papiros hacen pensar que el origen del texto se remonta al menos a la XVIII dinastía (1539-1292 a.C.). Estos papiros relataban el ritual

de embalsamamiento, dividido en doce pasos (Parra Ortiz, 2010, 81; Goyon, 1972, 42-83) que son los siguientes:

- I. Ungir la cabeza por primera vez.
- II. Perfumar el cuerpo, a excepción de la cabeza.
- III. Introducir las entrañas en un vaso.
- IV. Ablandar el cuerpo masajeándolo con aceites y colocar el sudario y las vendas.
- V. Nota técnica.
- VI. Colocar las fundas en los dedos de las manos y los pies.
- VII. Ungir la cabeza por segunda vez.
- VIII. Ungir la cabeza por última vez.
- IX. Envolver las manos por primera vez.
- X. Envolver las manos y los dedos definitivamente.
- XI. Envolver las piernas.
- XII. Oración final.

Cada uno de los textos donde se describían estos pasos estaba dividido en dos partes: en la primera se indica a los embalsamadores qué hacer con el cuerpo, mientras que la segunda contiene los rituales que debían leerse mientras sucedía lo anterior. (Como ejemplo de esto *Vid. Anexo I, texto 6, comentado por Parra Ortiz (2010, 82)*).

Sin embargo con las indicaciones presentes en estos papiros de época romana no se podría conseguir un resultado final similar, por ejemplo, al que se consiguió con la momia de Ramsés II o con las de otros gobernantes de época faraónica. No obstante, se ajustan muy bien a las momias que conservamos de época romana, las cuales están más destinadas a ser bonitos envoltorios con forma de momia que a conservar el cuerpo, que era el objetivo original de la momificación para los egipcios. Goyon (1972, 46) afirma que “en estos papiros las dos únicas menciones a la parte técnica propiamente dicha se encontraban en el paso 3º y en el 5º” (*Vid. Anexo I, textos 7 y 8*). Sobre esta base, cabe pensar que los embalsamadores de época romana no conocían su oficio como antaño,

por eso era necesario recordar pequeñas minucias como la de no colocar el cuerpo del lado de la incisión, ya que los pequeños paquetes envueltos que contienen las vísceras se saldrían de su interior.

LAS RAZONES DE LA MOMIFICACIÓN

Las razones de la momificación y la fecha en que se utilizó por primera vez en Egipto aún no se pueden dar con total seguridad, ya que existe discrepancia entre los investigadores. Lo que sí parece es que los factores geográficos y ambientales jugaron un papel muy importante en el desarrollo de la momificación, ya que en Egipto se puede encontrar lo que se denomina “momificación natural”.

La descomposición de un cuerpo muerto es causada por las acciones de diversas enzimas o sustancias químicas que están presentes en el cuerpo, y que tras la muerte descomponen las proteínas y los carbohidratos que forman los tejidos blandos, pero esta descomposición también es causada tanto por las bacterias que residen dentro del cuerpo, como por aquellas que provienen del exterior y, a menudo, también por la actividad de los insectos que se abren paso hacia el cadáver. Este proceso resulta imparable a no ser que se den o bien transformaciones naturales, o bien prácticas intencionadas para la conservación del cuerpo, que detengan esos procesos de descomposición del cadáver poco después de la muerte.

Hay varias maneras en que esto puede suceder. Por ejemplo, se paraliza la descomposición de un cuerpo si se deposita en condiciones de frío extremo, aunque resulta más efectivo el secado rápido por calor extremo. Por ello, las condiciones áridas de Egipto, junto con el entierro de los cuerpos en la arena caliente y salada, proporcionaron un entorno ideal para la preservación natural del cadáver (Taylor, 2014, 39).

Si la arena estaba en contacto directo con el cuerpo comenzaba un proceso por el cual rápidamente todos los fluidos y la humedad de los tejidos se secaban, creando un ambiente en el que la actividad enzimática y bacteriana se paralizaba, es decir, no ocurría. Como su efectividad dependía del contacto directo entre el cuerpo y la arena caliente, el uso posterior de ataúdes, aunque teóricamente otorgaban una mayor protección al cuerpo, ocasionaba que el cuerpo del difunto se descompusiese más rápido. Estos cuerpos disecados de forma natural podían llegar a durar indefinidamente en las condiciones ambientales correctas, y el ejemplo más famoso de esto quizá sea el denominado “hombre de Gebelein” (*Vid. Anexo II, figura 16*) aunque pocas momias se han conservado así, seguramente porque con frecuencia los cuerpos debieron de ser desenterrados y destrozados por los chacales.

Este proceso daba lugar a una momificación natural, que implicaba la mejora deliberada de estas circunstancias naturales, por ejemplo, mediante el secado al calor o el ahumado del cadáver, o asegurando que el aire fuera excluido del entierro.

La reaparición, una vez superado el terror de semejante espectáculo, posiblemente sugirió a los egipcios la posibilidad de conservar los cuerpos artificialmente cuando no era posible la conservación natural. Sin embargo, inicialmente, ese deseo de proteger los cuerpos de los difuntos de las depredaciones animales y los saqueos, y a la vez con ello evitar también el resurgir de los cadáveres en mitad del desierto, llevó a elaborar diversos modos de inhumación para protegerlos, lo que, paradójicamente aceleró la putrefacción del cadáver provocando que los cuerpos se descompusieran rápidamente debido a que eran enterrados en una cámara funeraria subterránea revestida con adobe o madera, en lugar de estar en contacto directo con la arena. Es decir, el desarrollo progresivo de los enterramientos, fue haciéndose más sofisticado a medida que avanzaba la propia civilización en Egipto, aislando los cuerpos enterrados del efecto secante y conservante del que disfrutaban ocasionalmente los enterramientos en la arena y al ir construyendo cámaras de piedra o colocando los

cuerpos en los primeros sarcófagos se eliminaban las posibilidades de obtener una “momia natural” (Taylor, 2014, 38-39).

Llegado a este punto cabe preguntarse qué pudo impulsar la idea de la momificación. Seguramente el objetivo principal era lograr esa eternidad, esa Segunda Vida que representaba la tradición del mito osiríaco. Se ha sugerido que el descubrimiento accidental de tales cuerpos podría haber ayudado a consolidar sus ideas de supervivencia más allá de la muerte, e incluso podría haber sido el estímulo para experimentos en preservación artificial. La evidencia no arroja una respuesta precisa, pero ahora se sabe que los primeros intentos de momificación intervenciva tuvieron lugar en sitios predinásticos como Hieracómpolis aproximadamente en el momento en que los cuerpos de Gebelein fueron enterrados, a mediados del cuarto milenio a.C. (Taylor, 2014, 39; Alegre, 2017, 158).

Seguramente fue esto lo que motivó la momificación artificial, el querer imitar gracias a procedimientos técnicos lo que por naturaleza se conseguía de manera natural. Debido a factores religiosos y sociales el procedimiento fue el resultado de la experimentación llevada a cabo durante muchos años como ha escrito David (2008, 248): “en Egipto, tanto la momificación natural no intencional como la momificación intencional ocurrieron en tandem para satisfacer las necesidades percibidas de los diferentes grupos sociales”. Incluso en el Período dinástico Primitivo (3150-2686 a.C.), los egipcios probablemente creían que la preservación del cuerpo ya era esencial para permitir que el espíritu inmortal del difunto regresase al cadáver y lo usase para obtener el sustento a través de las ofrendas de comida regularmente colocadas en la tumba (David, 2008, 12).

Aunque la momificación natural continuó siendo utilizada por los más pobres desde el 3100 hasta el 332 a.C., la momificación intencional del cadáver o embalsamamiento, se introdujo primero en los entierros de la élite y, finalmente, se hizo extensiva a todos aquellos que pudieran permitirse este método. El embalsamamiento,

por tanto, fue la técnica que se utilizó en el antiguo Egipto para conseguir preservar el cuerpo del difunto y dar como resultado una momia.

Sobre la base de la presencia de diversas vendas impregnadas de resina que se encontraron sobre el rostro y las manos de esqueletos procedentes de un cementerio de Hieracómpolis, fechado alrededor del 3600 a.C., se considera que el ritual de momificación se puso en marcha, aunque de manera parcial, sobre estas fechas. En esa época, el procedimiento parece excepcional pero, en los albores del tercer milenio a.C., esas tentativas se hicieron sistemáticas.

En esa época había un cuerpo que era fundamental preservar y proteger: el del rey. Hasta el final de la dinastía III, la pretensión de conservar los cuerpos no desembocó en resultados concluyentes. Pero poco a poco la momificación se irá convirtiendo en un proceso de gran complejidad perfeccionado a lo largo del tiempo y que alcanza un grado de refinamiento extraordinario, como se expresara en los papiros siguientes. El ejemplo más antiguo que se conoce de un intento de tratamiento del cuerpo real es el antebrazo encontrado por Petrie en la tumba del rey Djer en Abidos (I dinastía). De hecho, sólo quedan de él unos huesos, lino y algunos brazaletes (Dunand y Lichtenberg, 2010, 43).

PROCESO DE MOMIFICACIÓN

The oldest mummy in the world about the date of which there is no doubt, is that of Seker-em-sa-f, son of Pepi I and elder brother of Pepi II, B.C. 3200, which was found at Sakkârah in 1881, and which is now at Gîzeh (Budge, 1893, 184).

El proceso de momificación se iniciaba en el momento en el que la persona fallecía. El fin último era paralizar esa descomposición natural antes mencionada por medio de la deshidratación a través de diversas técnicas. Era un procedimiento religioso que con el paso del tiempo se hizo complejo porque el ritual exigía la participación de

un gran número de especialistas, llamados sacerdotes de Anubis, a quienes se requería que llevaran a cabo oraciones, encantamientos y procedimientos prescritos para cada paso del proceso de momificación.

Una persona de un peso medio de 70 kilos está compuesta por unos 5,5 litros de sangre; aproximadamente 9 kilos de tejido y material visceral, el cual era extraído mediante rituales específicos; 30 kilos de músculos que, dependiendo del sistema de momificación, no se eliminaban pero se reducían; y, finalmente, unos 10 kilos de grasa, los cuales desaparecían al 90%. En definitiva, un cuerpo humano se compone por un 7% de tejidos duros y mineralizados —huesos y dientes— y un 93% de tejidos blandos y agua (Palao Pons, 2000, 44-45).

Tras haber retirado, eliminado, o reducido estos componentes al máximo posible, quedaba un cadáver de unos 13 kilos, cuyo peso se ira disminuyendo siempre teniendo presente el objetivo de que el cadáver, una vez deshidratado y convertido en momia, conserve su aspecto externo original con su piel y sus huesos, pero con el mínimo de materia residual y orgánica (Palao Pons, 2000, 44-45).

Hay varios autores clásicos que recogen información sobre los métodos de embalsamamiento de los egipcios. Sobresalen dos: Heródoto de Halicarnaso, que tuvo la oportunidad de visitar Egipto en el siglo V a.C. y observar con detenimiento estos procesos; y Diodoro Sículo, quien vivió demasiado tarde, en el siglo I a.C, como para saber cómo eran las momias tebanas bien hechas y solo se familiarizó con las momias egipcio-romanas. Ambos son autores esenciales porque son los primeros que dejan por escrito el procedimiento básico de la momificación egipcia, que consistió en desecar el cuerpo a través de la deshidratación, y para ello era esencial eliminar esas vísceras, ese tejido blando anteriormente mencionado, por su alto contenido en agua.

Posteriormente el cuerpo era sometido a la acción del natrón. Esta sustancia es el principal agente deshidratante, y se trata de, en palabras de Parra Ortiz (2010, 301):

“una sal natural formada por una composición variable de carbonato sódico (elemento principal), bicarbonato sódico (la levadura de los pasteles) y cloruro sódico (la típica sal de mesa)”. El natrón se encontraba cerca de los lagos del desierto y era la solución ideal para desecar el cuerpo, siendo la zona de El Kab y la del *wadi* Natrun las grandes productoras de esta sustancia. En lo que respecta a la parte química del proceso, el natrón se colocaba sobre el cuerpo en seco⁹ durante 36 días, tras los cuales sólo quedaban la piel y los huesos. Era entonces cuando se procedía a llenar el interior del cadáver con ropa, serrín, pimienta e incluso cebollas y otras sustancias para darle una apariencia de vida al cuerpo, y que este ganase esa forma perdida y adquiriese la corporeidad deseada.

El procedimiento de momificación podía sufrir complicaciones por la aplicación de resinas, sustancias aromáticas y, dependiendo también de la manera en la que se realice el vendaje más o menos artístico. En definitiva, el proceso puede ser más o menos sofisticado y elaborado dependiendo de los recursos económicos del difunto, de tal manera que Heródoto nos habla de tres tipos de momificaciones (*Vid. Anexo I, texto 1*): la primera, que era la más perfecta, metódica y cara; la segunda, más ordinaria; y la tercera, mucho más económica pero menos eficaz.

Cabe señalar que las mujeres de los personajes ilustres y/o de alto rango no eran entregadas para que las embalsamasen nada más morir, sino que las entregaban cuando llevaban ya tres o cuatro días muertas. Lo hacían así para evitar que los embalsamadores abusasen de estas mujeres, ya que había diversos testimonios que denunciaban el abuso de cadáveres femeninos recién fallecidos (Heródoto, *Historias*, II, 89).

El relato dado por Diodoro, I, 91, concuerda con el de Heródoto en muchos aspectos, y además ofrece algunos detalles adicionales como, por ejemplo, los precios

⁹ Debido a una mala traducción de Heródoto (*Historias*, II, 86) se llegó a implantar la idea generalizada de que el natrón había que incorporarlo en una solución líquida cuando eso no tendría sentido, ya que para deshidratar algo no puedes incorporar sustancias líquidas, por lo que lo correcto sería sin duda, el uso del natrón sólido (Parra Ortiz, 2010, 301).

de cada una de las diversas técnicas de embalsamamiento: el primero un talento de plata, unas 250 libras; el segundo unas 60; y el tercero, que “cuesta muy poco” (Budge, 1893, 179-180).

La información de Heródoto y Diodoro se ha contrastado con los hallazgos arqueológicos y, efectivamente, se observan técnicas de momificación muy diversas dependiendo de los recursos económicos de la familia fallecida. Además, muestra que las descripciones dadas por ambos son generalmente correctas, ya que se encuentran momias con y sin incisiones laterales; algunas se conservan mediante bálsamos, y otras con betún y natrón; y los cráneos de las momias existentes en Tebas no contienen absolutamente nada, un hecho que prueba que los embalsamadores no solo pudieron remover el cerebro sino también sacar las membranas sin dañar o romper el puente de la nariz; a veces están llenas de betún, trapos de lino o resina.

El proceso de momificación ha sido estudiado por muchos de autores de diversas épocas a lo largo de la Historia y cuentan el proceso de la misma manera, siguiendo los mismos pasos. Así que las momias mejor conservadas son aquellas en las que se ha producido el vaciado del cuerpo y la extracción de las vísceras de la cavidad abdominal y torácica a través de, generalmente, una abertura en el costado izquierdo. Siguiendo un orden, fueron eviscerados los intestinos, el estómago y posteriormente el hígado, y los pulmones fueron extraídos tras rajar el diafragma. El corazón quedó en su lugar para que los difuntos pudieran pensar y decir los hechizos mágicos necesarios para reanimarlos (Brier y Hobbs, 2013, 35-65).

Cada uno de los órganos se almacenó individualmente en cuatro vasos diseñados especialmente para este fin, que poseen una tapa decorada con figuras, siendo las más frecuentes las que representan una cabeza humana; un babuino; una cabeza de chacal, y uno con cabeza de halcón. Estos son los conocidos como vasos canopos (*Vid. Anexo II, figura 17*). Las tapas a veces representaban a la persona fallecida cuyos órganos estaban dentro, pero esto no solía ser lo habitual. Esas vísceras, lógicamente, antes de ser

introducidas en sus vasos correspondientes, debían ser debidamente lavadas y tratadas con natrón.

DEIDAD	REPRESENTACIÓN EN LAS TAPAS DE LOS VASOS CANOPOS	VÍSCERA DEPOSITADA	PUNTO CARDINAL	DIOSA (cuya misión era guiar a la víscera)
Amset	humano	hígado	Sur	Isis
Hapy	babuino	pulmones	Norte	Neftis
Duamutef	chacal	estómago	Este	Neit
Quebeshsenuf	halcón	intestino	Oeste	Selket

En cuanto al tratamiento del cerebro, por lo general, el método más común era insertar un gancho de hierro en la cavidad craneal a través de la fosa nasal y el hueso etmoides para reducir el cerebro a fragmentos que luego podrían extraerse con facilidad, y en caso de que no fuese posible retirarlo íntegro, se procedía a embalsamar el interior introduciendo diferentes bálsamos por medio de una jeringuilla. El cerebro era una de las pocas partes del cuerpo que los embalsamadores descartaban por completo porque pensaban que no tenía ninguna función útil, de hecho, los egipcios creían que las personas pensaban con sus corazones, ya que “cuando los pensamientos nos excitan, nuestros corazones laten más rápido” (Brier y Hobbs, 2013, 35-65).

Por lo tanto, debido a que los egipcios creían que el corazón era la sede de la razón y el intelecto, en lugar del cerebro, lo dejaban en el interior del cuerpo (David, 2008, 15; Parra Ortiz, 2010, 72; Lara Peinado, 2009, 29; Budge, 1893, 180; Goyon, 1972, 31-32).

Sin embargo, parece que el cerebro era demasiado blando y pesado como para permitir que tal práctica, antes descrita, fuese efectiva, y se utilizarán otras formas de extraer el cerebro, por ejemplo, decapitar al difunto, vaciar su cabeza y después volver a unirla al cuerpo con ayuda de determinados materiales, como ocurrió con el cadáver del faraón Amosis (*c.* 1550 a 1525 a.C.). Por lo general, el cerebro se sacaba a trozos por las órbitas de los ojos, ya que estos casi siempre se quitaban (Palao Pons, 2000, 86), a través del *foramen magnum* o de una órbita trepanada (cuenca del ojo). También se ha planteado que la eliminación del tejido cerebral pudo haberse mejorado mediante la inserción de un tubo hueco en el cráneo y el enjuague de la cavidad con agua, aunque esta sugerencia sigue siendo especulativa. La craneotomía transnasal sí está en, al menos, siete cuerpos del Reino Medio (Aufderheide, 2003, 228-229).

Los cuerpos que se llenaron con resina u otras sustancias aromáticas, son de un color verdoso y la piel tiene la apariencia de estar bronceada. Tales momias en cambio, se rompían fácilmente cuando se desenrollaban. Los cuerpos en los que se trajeron los intestinos y se llenaron con betún son bastante negros y duros. Los cuerpos de los pobres fueron preservados por dos métodos muy baratos: uno que consistía en remojarlo en sal y betún caliente, y el otro solamente en sal. En el primer proceso, cada cavidad se llenó de betún y el cabello desapareció; son a estos cuerpos a los que se llamó momia por primera vez (Budge, 1893, 182-184). La piel era como el papel, el cabello había desaparecido y los huesos eran muy blancos y quebradizos. Por último, y como curiosidad, quisiera señalar que los egipcios también preservaron a sus muertos en miel (Budge, 1893, 185).

EVOLUCIÓN DE LA MOMIFICACIÓN A LO LARGO DEL EGIPTO FARAÓNICO

Las técnicas de momificación sufrieron cambios a lo largo de la historia del Egipto faraónico y estos cambios se debieron tanto a cuestiones políticas como sociales y religiosas, como se desarrolla a continuación.

Características de la momificación del Período Predinástico, (4000 - 2920 a.C.)
(Aufderheide, 2003, 217-219).

La posición más habitual de colocación de los cadáveres era aquella en la que el difunto presentaba las piernas flexionadas y estaba apoyado sobre su costado izquierdo (*Vid. Anexo II, figura 16*). Del proceso de momificación de época predinástica documentamos los cuerpos momificados espontáneamente o de manera natural. Fue precisamente la aparición de tales momias lo que llevó a diversos académicos, como Grafton Eliot Smith, a pensar en la conciencia que los egipcios de este período tenían acerca de la conservación del cuerpo y por ello dedujeron que a partir de aquí se desarrollaron los métodos de momificación, tras poner a sus muertos en sarcófagos de piedra, madera...

En cementerios predinásticos como Adaima, fechado aproximadamente en 3500 a.C. y ubicado al sur de Luxor, se han encontrado cuerpos que muestran algunas etapas de la momificación intencional, como el vendaje del cuerpo y la aplicación de resina.

Características de la momificación del período arcaico —dinástico temprano—, (2950 - 2650 a.C.) (Aufderheide, 2003, 220-223).

Durante este período, se desarrolla la arquitectura funeraria monumental —las mastabas—, sobre todo con el fin de proteger el cadáver. Sin embargo, debido a ello, todos los cadáveres que se conservan son meros esqueletos, ya que al no estar en

contacto directo con la arena no se producía la debida deshidratación y, por lo tanto, el cadáver se descomponía.

De la dinastía I se conservan algunos cuerpos colocados dentro de ataúdes de barro, madera o piedra en, posición lateral y flexionados. Estos cuerpos están envueltos en lino, y no presentan rastros de evisceración, pero sí que los cubre una capa de resina cuya finalidad era conservar el cuerpo. Ya desde esta época se advierte que vertían algún tipo de sustancia en el exterior del cadáver aunque resultaba ineficaz en el interior del mismo. De la dinastía II se conserva una momia de mujer encontrada en Saqqara por James Edward Quibell. De esta momia se sugiere que pudo aplicarse a la superficie del cuerpo un conservante como el natrón crudo o alguna otra sustancia. Así lo cree Parra Ortiz (2010, 65):

Posiblemente fuera tratado con natrón y al que no se le extrajeron las vísceras. Dieciséis capas de vendas de lino envuelven el cadáver, Sus miembros se vendaron por separado del cuerpo. Los genitales se moldearon cuidadosamente con la última capa de vendas.

Características de la momificación del Imperio Antiguo, (2650 - 2125 a.C.)
(Aufderheide, 2003, 223-226).

El Imperio Antiguo es fiel reflejo de las técnicas de momificación que se emplearon durante la dinastía II, pero desde el principio ya se ve como van introduciendo pequeñas modificaciones en su afán por tratar de llegar a obtener una pulida técnica de momificación. La generalizada mastaba acabó cediendo el paso a la imponente pirámide (dinastía IV).

Al aspecto externo del cuerpo de las momias se le dio gran importancia, de tal manera que las extremidades se envolvieron por separado en vendas de lino ajustadas, y los rasgos faciales, los senos y los genitales se moldearon (*Vid. Anexo II, figura 18*). El resultado final, sin embargo, todavía no era satisfactorio porque debajo, el cuerpo, continuó descomponiéndose. Todavía era necesario encontrar un método exitoso de

momificación artificial, por lo tanto se puede afirmar que al principio convertían cadáveres en estatuas, más que en momias, mediante resinas y vendajes. Progresivamente se dio paso a momificaciones mucho más exitosas, en las que se combinó la introducción de la novedosa evisceración, la desecación con natrón en polvo, y el uso de resinas líquidas para impedir el resurgimiento de la acción microbiana y prevenir la rehidratación del cadáver. Todo esto no dio resultados concluyentes inmediatos. La primera evidencia definitiva de evisceración procede de la tumba de la Reina Hetepheres (*c.* 2600 a.C.-2551 a.C), descubierta cerca de la pirámide de su hijo Khufu, en Giza. Aunque la momia en sí misma faltaba, debido posiblemente a ser objeto de saqueo, este enterramiento contenía paquetes de vísceras que fueron tratadas con natrón (Lucas 1962, 320). Por lo tanto, es importante señalar que aunque no haya evidencia o presencia física del cuerpo se pueden identificar restos de natrón.

Características de momificación del Primer Período Intermedio, (2125 - 1975 a.C).
(Aufderheide, 2003, 226-227).

Hay pocas evidencias de momificación fiables del I Período Intermedio, lo que se puede deber a la inestabilidad política de esta época. En la dinastía IX se documentan sarcófagos cubiertos por máscaras en las que se representan el rostro del difunto, y como característica, aunque desde luego no novedosa, sabemos que a las momias de este período les siguen echando una capa de resina externa.

En 1903, un grupo de arqueólogos descubrió un conjunto de momias pertenecientes a princesas de la Dinastía XI que no mostraban ninguna evidencia de incisión en el costado para la extracción de las vísceras, por lo que posiblemente se usó otro método. Algunos años más tarde, la expedición de Winlock condujo al descubrimiento de más cuerpos reales de esa cronología, una vez más sin evidencia de evisceración. Su estado de conservación, generalmente deficiente, probablemente se debe a la desecación incompleta de los tejidos, ya sea porque no fueron tratados con natrón o porque el tiempo de tratamiento fue insuficiente.

Características de momificación del Reino Medio, (1975 - 1640 a.C.) (Aufderheide, 2003, 227-230).

Se puede ver un cambio en las prácticas de embalsamamiento y en los procesos de momificación en el Imperio Medio. Los cadáveres no se evisceraban, así que la conservación se lograba gracias a la desecación obtenida como resultado del vertido del natrón en la superficie del cuerpo.

En este período se documenta el prolapso visceral, o salida de los órganos, a través del recto y la vagina, atribuido a la formación de gas abdominal *post-mortem*. Se siguieron usando natrón y resinas pero en los ejemplos sobre los que se basan los estudios publicados no se conservan los tejidos blandos, lo que fue interpretado como un declive de las prácticas de momificación. Anteriormente, la momificación estaba reservada al faraón y a su familia inmediata, y a partir de este período se extendió a personajes pertenecientes a otros grupos sociales, iniciándose así la democratización de estas prácticas que se dará por completo en el Imperio Nuevo (Parra Ortiz, 2010, 65-78).

En las momias de la dinastía XIb sí que observamos evidencias de natrón, resina y evisceración. Los habituales antebrazos flexionados dieron paso a los brazos extendidos a ambos lados del cuerpo en el Imperio Antiguo, junto a la evisceración, y así se mantuvo en el Imperio Medio.

También se aplicó resina al cuerpo y no solo a los envoltorios. Fue especialmente importante la evisceración craneal, o extracción del cerebro, un método que Aufderheide (2003, 228) llamó “*transnasal craniotomy*”, es decir “craneotomía transnasal”, y que comportaba el vaciado del cerebro sin conservarse posteriormente. Como fue un período en el que las cámaras funerarias fueron saqueadas casi no se han encontrado momias en su interior.

Características de la momificación del Segundo Período Intermedio, (1630 - 1520 a.C.)
(Aufderheide, 2003, 230-232).

Pocos de los cuerpos de este período han sobrevivido hasta nuestros días aunque no está claro si esto está relacionado con la inestabilidad político-económica. Sin duda, la momia más conocida de este período fue la del rey Seqenenre. Su momia, bastante mal conservada, reveló un trauma craneal devastador que incluye dos laceraciones frontales con fracturas craneales, fracturas nasales y faciales debidas a un golpe contundente, una laceración de la mejilla izquierda hecha con un instrumento puntiagudo y otra similar en el lado izquierdo de la cabeza debajo de la oreja (*Vid. Anexo II, figura 19*). El resto del cuerpo es descrito como “un desarticulado esqueleto envuelto por piel de color marrón oscuro” (Aufderheide, 2003, 231). La cavidad abdominal (pero no la torácica) estaba rellena de lino. Parece que las lesiones frontales habían sido infligidas con un hacha y las heridas a un lado de la cabeza con una lanza. La pobre preservación del tejido blando se atribuyó a un embalsamamiento apresurado, probablemente llevado a cabo en el campo de batalla donde habría sufrido las lesiones. (Parra Ortiz, 2010, 65-78).

En resumen, los métodos de embalsamamiento de este período representan una perpetuación de aquellos llevados a cabo en el período anterior. La evisceración, el cuerpo extendido con los brazos extendidos, y las envolturas que rodeaban las extremidades por separado, encuentra sus precedentes en el Imperio Antiguo, también hay craneotomía transnasal documentada en este período. La efectividad de la momificación cubrió todo el rango, desde una esqueletización casi completa hasta un tejido blando bien conservado.

Características de momificación del Imperio Nuevo, (1539 - 1075 a.C.) (Aufderheide, 2003, 232-242).

Gracias, irónicamente, a la amenaza de los ladrones y saqueadores de tumbas, los cuerpos de los personajes más influyentes de este período fueron sacados de sus cámaras funerarias para preservar su integridad física. Los métodos y procesos de embalsamamiento y momificación evolucionaron tanto que la preservación de los tejidos blandos se convirtió en algo generalizado.

El descubrimiento de dos alijos de momias reales en Tebas entre 1881 y 1898 d.C. proporcionó al anatomista Elliot Thebes Smith materiales para el estudio del desarrollo de la momificación en el Imperio Nuevo, que han permitido saber que se aplicaron diversos tipos de resina y aceites en el cuerpo para preservar los tejidos y enmascarar los olores asociados con la putrefacción y el proceso de momificación.

La eliminación cerebral estaba bien establecida y era ampliamente practicada en este período. Las manos de las momias femeninas generalmente se colocaban junto a sus muslos, mientras que los brazos de los cuerpos masculinos estaban completamente extendidos, con las manos colocadas sobre el área pública. De la dinastía XVIII en adelante los brazos de los reyes se cruzaron. Hasta el reinado de Tutmosis III (1481-1425 a.C.), la incisión que se realizó en el costado fue muy lateral y perpendicular a las costillas; sin embargo, a partir del reinado de este faraón la incisión fue diagonal, en paralelo al hueso de la cadera, y esa abertura se solía cerrar con telas impregnadas en resina o con placas de oro que generalmente quedaban reservadas para aquellos que se las pudieran permitir, dado que eran costosas. Se tiene constancia de que la primera sutura con hilo que se hizo a una momia es precisamente la de Tutmosis III. Desde la dinastía XX se generalizó la sutura con hilo.

Dos ejemplos sobresalientes del arte del embalsamador datan de la Dinastía XIX: la cabeza del rey Seti I (1318-1304 a.C.) demuestra los excelentes resultados que

podrían lograrse, aunque el cuerpo está peor conservado (Parra Ortiz, 2010, 65-78), mientras que en la momia de su hijo, Ramsés II (1304-1237 a.C.), los métodos innovadores empleados han conservado los tonos naturales de la piel en contraste con el ennegrecimiento y la decoloración asociados con las momias anteriores. Aunque la tumba de Ramsés II en el Valle de los Reyes estaba vacía cuando se abrió, su momia estaba incluida en el alijo de momias reales en Deir el-Bahari. Se trata de un cuerpo bien conservado, en el que se nota que los procesos de relleno fueron especialmente cuidadosos, como lo demuestra su nariz, la cual se relleno con telas para que no perdiese su inconfundible forma aguileña. Cuando este cuerpo, conservado en el Museo de El Cairo, sufrió los efectos de la acción microbiana en 1975, y se procedió a su traslado.

Momificación en el Tercer Período Intermedio (1075- 715 a.C.) (Aufderheide, 2003, 242).

Según Rosalie David (2008, 3-10), la momificación alcanzó su punto máximo en el Tercer Período Intermedio. Durante la dinastía XXI se lanzó un proyecto oficial para rescatar y restaurar momias reales dañadas por ladrones de tumbas en búsqueda de tesoros durante los siglos anteriores. Durante el vendaje de las momias, los embalsamadores pudieron haber reconocido que la momificación no conservaba una imagen exacta o realista del difunto, y esto puede haberlos llevado a experimentar con nuevas técnicas. Estas innovaciones se descubrieron por primera vez cuando se examinaron nueve momias reales y más de cuarenta momias de sacerdotes de la dinastía XXII (Smith, 1912, 94-111). Los estudios posteriores sobre otras momias de este período apoyaron estos hallazgos; sin embargo, esas nuevas técnicas ya se habían utilizado por primera vez en la dinastía XVIII para la momia del faraón obeso Amenhotep III (1417-1379 a.C.), a quien se aplicó un relleno subcutáneo para simular la amplia forma del rey cuando estaba vivo.

En la dinastía XXI, el relleno subcutáneo se usó ampliamente para lograr el resultado deseado: pequeñas incisiones hechas en la superficie de la piel permitieron al embalsamador insertar serrín, lino y barro (*Vid. Anexo II, figura 20*), materiales que también se usaron para infiltrar las cavidades torácica y abdominal, y para empaquetar el cuello y las mejillas.

En la dinastía XXI, las vísceras, en lugar de colocarse en vasos canópicos, fueron envueltas en cuatro paquetes, cada uno con una figura de cera que representaban a uno de los Cuatro Hijos de Horus, y que fueron reubicados en sus cavidades corporales. Se logró mayor realismo al insertar ojos artificiales en las órbitas, usar extensiones de cabello falso, y pintar la cara (y algunas veces todo el cuerpo) de hombres y mujeres con ocre rojo y amarillo, respectivamente.

La momificación en tiempos posteriores (715 a.C. - 395 d.C.) (Aufderheide, 2003, 245-250).

Estas innovaciones se practicaron hasta el final del Tercer Período Intermedio, pero en el Período Tardío (715 - 332 a.C.), el relleno subcutáneo y la pintura de la piel se volvieron menos comunes, y las vísceras ya no se devolvieron a las cavidades corporales. En cambio, los paquetes de vísceras se colocaron entre las piernas o, una vez más, se almacenaron en vasos canopos. Generalmente, la apariencia externa de la momia era más importante que la preservación del cuerpo, aunque la resina se usaba ampliamente en las cavidades corporales y en la piel. Sin embargo, no se aseguró la deshidratación completa de los tejidos.

En el Período Ptolemaico (305-30 a.C.) se introdujeron muchos cambios. Las creencias religiosas egipcias se fueron transformando gradualmente, y aunque algunos de los inmigrantes adoptaron la momificación y se practicó más ampliamente, el procedimiento de momificación respondía a factores comerciales y no tanto a motivos religiosos, ya que estaban preocupados por conseguir un bonito envoltorio en forma de

momia. Todos estos cambios condujeron a una disminución general en los estándares de calidad de momificación.

A medida que las envolturas externas de la momia se hacían más elaboradas, se prestó menos atención a la preservación del cuerpo. A veces, las vísceras se extirparon y se trajeron, y luego se devolvieron aleatoriamente a las cavidades corporales. La resina se vertió en las cavidades y el cráneo, se aplicó directamente a la superficie de la piel y se usó para tapar las fosas nasales; como resultado, la piel de estas momias era oscura, dura y brillante. Muchos cuerpos se encontraban en avanzado estado de descomposición cuando llegaron al taller de los embalsamadores, y la resina fundida a menudo atrapaba y conservaba los insectos que atacaban los tejidos. La momificación siguió disminuyendo, en número y/o calidad, durante época romana (David, 2008, 10-21).

La momia, ahora, a menudo era enterrada sin un ataúd, por lo que las envolturas y la decoración exteriores eran elaboradas, a veces incorporando un retrato pintado sobre un panel de madera. Algunos de estos retratos parecen representar una verdadera imagen del difunto (*Vid. Anexo II, figura 21*). La mayoría de estos cuerpos estaban mal conservados, y a menudo es difícil confirmar si la momia había sido eviscerada. La resina se aplicaba a la superficie de la piel para detener la descomposición total y, algunas veces, si faltaban extremidades, estas se reemplazaban por prótesis.

Incluso cuando el dominio romano disminuyó y Egipto adoptó el cristianismo, la momificación continuó en algunas zonas de Egipto y Nubia, e incluso fue practicada por miembros de comunidades monásticas (Rosalie David, 2008, 10-21). Los cuerpos ya no estaban eviscerados, pero se aplicó natrón y otras sustancias a la piel, y el cuerpo se envolvió en ropas bordadas y sábanas de lino. La momificación desapareció gradualmente tras la introducción del Islam, después de la invasión árabe de Egipto en el año 640 d.C.

FUNERAL Y RITOS FUNERARIOS

Los egipcios otorgaron gran importancia al culto a sus difuntos, ya que ellos creían en la vida en el Más Allá. Esta creencia acabó motivando la práctica de determinados ritos funerarios que acabaron conduciendo a un culto permanente a los muertos y, sin duda, a la elaboración de una compleja religión funeraria. La arqueología documenta que desde tiempos remotos en Egipto se enterraba a los individuos con cuidado y se les acompañaba de ajuares, también se documentó la práctica de diversas ceremonias. En la religión egipcia funeraria resulta fundamental el mito de Osiris.

EL MITO DE OSIRIS

Este mito fue una de las creencias más arraigadas de la mentalidad egipcia, pero a pesar de su popularidad el texto más completo y estandarizado es el recogido por Plutarco (siglo I-II) en *De Iside et de Osiride*.

Los personajes centrales son dos parejas divinas, antagónicas, que encarnan una profunda dualidad. Por un lado, Isis y Osiris, que eran elementos positivos del cosmos, la regeneración y la vida, y por otro lado, Set y Neftis, que tenían que ver con la infertilidad y la negatividad.

Los seres humanos amaban a Osiris, dios joven casado con su hermana Isis, con la que no tenía hijos. Por otro lado estaba Seth, el dios híbrido de varios animales, el cual tenía una enorme envidia hacia su hermano, de tal manera que decidió matarlo. Sabía que su hermano era un entusiasta de los regalos y por ello urdió un plan, en el cual, en un fiesta diseñada a tal fin, sacaría un sarcófago creado por él y cuyo dueño sería quien cupiese dentro. Ese sarcófago tenía exactamente las medidas de Osiris y éste, al comprobarlo, quedó encerrado dentro y fue arrojado al Nilo.

Isis y Neftis recorrieron toda la costa del Mediterráneo oriental hasta que recogieron el sarcófago, que estaba encallado en un sicomoro en Biblos. Gracias a la intervención y a la magia de Isis, Osiris, a quien se representa siempre muerto y con el sudario de la momia, pudo regresar a Egipto, donde Seth se había apoderado de su trono. Seth descuartizó en pedazos el cuerpo de su hermano, con el objetivo de asegurarse de que no pudiera volver.

Neftis e Isis vuelven a marcharse en busca de los pedazos de Osiris. Se dice que todos los animales respetaron todos los pedazos menos uno, el falo, que había sido engullido por un pez. Por lo tanto, nos encontramos con un dios muerto sin potencialidad de vida y un río con toda la potencialidad de la vida. Al recomponer los pedazos las dos hermanas se encontraron con un problema: Isis seguía siendo virgen.

Con un poco de agua del Nilo construyeron un miembro viril que colocaron en la momia de Osiris y gracias al aliento de Neftis, Osiris recobró la vida durante los segundos suficientes para que Isis se transformara en halcón y volase hasta su marido para ser fecundada. Isis dio a luz a Horus. La filiación Osiris-Horus garantizaba el ciclo de Ma'at, la continuidad de la dinastía y de la realeza.

En definitiva, este mito de Osiris es tan importante porque su resurgir comportaba la idea fundamental de la continuidad de la vida. Además, el relato es importante porque presenta un Más Allá que, en muchos aspectos, resulta ser una continuidad exacta de la existencia aquí, tanto es así que Osiris fue capaz de reproducirse y formar una familia. De ello dedujeron que la vida en el Más Allá era una prolongación de la vida terrenal. Osiris hizo del inframundo su reino, un reino en el que además la persona fallecida desempeñaba la misma función que en su vida terrenal; es decir, si, por ejemplo, uno había sido funcionario en su vida terrenal también lo sería en su vida de ultratumba.

Osiris, a través de su mito, expresa con claridad que para activar “la magia” con la que se consigue la eternidad, era necesario un cuerpo, una momia. Osiris fue, por tanto, la momia primigenia y seguir su ejemplo abría la esperanza de que, a cualquiera, le pudiera suceder lo mismo y conseguir, como él, la eternidad.

RITUALES DE EMBALSAMAMIENTO

Con el término momificación, los académicos denominan el proceso mediante el cual el cuerpo ha sido desecado y conservado de manera natural, sin la intervención de agentes externos más allá de los naturales —como el frío o el calor— aplicados o no por el hombre. Sin embargo, se considera que un cuerpo está embalsamado cuando se le han extirpado sus vísceras y ha sido tratado con bálsamos, aceites, esencias, ungüentos y especias que facilitan su conservación (Palao Pons, 2000, 48).

El lugar donde se celebraba la momificación artificial y el embalsamamiento, eran unas tiendas especiales, llamadas *ibou*, y que, al igual que la casa de los sacerdotes embalsamadores, debía hallarse fuera de la ciudad. El cuerpo, una vez llevado al taller del embalsamador, era depositado sobre un lecho con forma de león (*Vid. Anexo II, figura 22*), este animal era un motivo muy habitual en la decoración de muebles funerarios.

Estos sacerdotes de Anubis estaban muy bien considerados socialmente. Su trabajo estaba muy jerarquizado y cada uno de ellos se encargaba de una parte específica del ritual. El personaje que se considera principal se cubría la cabeza con una máscara de Anubis adoptando así el papel del dios, que era el guardián de las necrópolis en el Egipto Antiguo y debía estar presente en el proceso de la momificación.

También era el encargado de guiar al muerto a la “Sala de las Dos Verdades”, donde se celebraba la psicostasia, es decir, cumplía la función de psicopompo, pero antes debía imponer las manos al difunto para quitarle el corazón que más tarde sería

pesado. En su lugar le colocaba un amuleto con forma de escarabajo, denominado “escarabeo del corazón” (*Vid. Anexo II*, figura 23), que en su cara posterior llevaba grabado el capítulo 125 del *Libro de los Muertos* (*Vid. Anexo I*, texto 9), que hacía referencia al pesado del alma. En él, el difunto rogaba a su corazón que no se contradijera y no mintiera delante de los dioses. En ese juicio, el corazón se depositaba en uno de los dos platillos de la balanza, mientras que en el otro platillo hacía de contrapeso una pluma que simbolizaba a Ma’at.

Al final del juicio se dictaba una sentencia que podía ser favorable o no al difunto; si era una sentencia positiva el difunto podía acceder al “campo de juncos” y vivir allí eternamente, pero si la sentencia era negativa, se arrojaba el corazón (el *ib*) del difunto a *Ammi¹⁰* para que lo devorase, acabando definitivamente con su existencia.

Lo que aquí trato de explicar de manera sencilla, en realidad nunca fue algo simple, ya que, como se ha ido viendo a lo largo de mi trabajo, todo lo relacionado con la escatología, las mentalidades, los procesos rituales y la religión en general, sufrió una evolución y la psicostasia no iba a ser menos, de tal manera que de entre todos los cambios, este, se convirtió en el más importante de la historia de Egipto entre el Imperio Antiguo y el Medio (Assmann, 2005, 196-216).

Para ser reconocido en la otra vida, sobre el rostro vendado y momificado se colocaba una máscara con un retrato idealizado. Las máscaras de los faraones estaban hechas de oro y lapislázuli (Budge, 1893, 189).

Una vez se había momificado el cuerpo, se envolvía con vendas que se rociaban con resinas y aceites. Para vendar el cuerpo se utilizaban tiras de ropa usada y deshilachada. El único material usado era el lino, y el mejor de ellos era el de Sais¹¹.

¹⁰ Ser híbrido con partes de cocodrilo, manos y torso de león, y patas de hipopótamo.

¹¹ Ciudad del Bajo Egipto localizada al Este del Nilo. Su lino se relacionaba con las vendas del sudario de la momia de Osiris.

Sólo a partir del Período Ptolemaico se empiezan a fabricar vendas nuevas destinadas a la momificación. Para poder vendar mejor al difunto, se colocaba el cuerpo sobre dos caballetes, sin nada que lo sujetara, para que así las vendas pudieran rodear el cuerpo. Una vez vendado, se vertía encima la resina, se le colocaba la máscara funeraria antes mencionada, y se depositaba el cuerpo sobre un lecho funerario para que pudiera regenerarse a través del poder mágico de la diosa que aparece en la cabecera. Se han encontrado momias que tenían hasta veinte capas de vendas. Entre las capas de los vendajes se colocaban diversos amuletos. Algunos tenían forma de escarabajo, de ojos, o de pilares, y eran auténticas joyas. Estaban destinados a proteger al difunto contra los peligros que le acechaban en el otro mundo.

El cuerpo momificado y vendado se depositaba dentro de un sarcófago antropomorfo, que se colocaba dentro de otro sarcófago exterior. En el caso de los faraones, se usaban diversos sarcófagos que se insertaban los unos dentro de los otros. A partir de la dinastía XXII, el sarcófago interior se sustituyó por un recubrimiento de papiro que ya había sido usado, el cual se acartonaba mediante una cola adhesiva. Este cartonaje estaba decorado con todo tipo de detalles representando joyas y fórmulas mágicas. La parte del rostro se fabricaba en serie, con un retrato idealizado del difunto. En época romana, la máscara de la cara se sustituyó por un retrato real, en madera, del difunto como los de El Fayum (*Vid. Anexo II, figura 21*).

FUNERAL EGIPCIO

Cada funeral era un caso único en todos los sentidos, y la diferencia venía marcada principalmente por el nivel económico de cada familia y por las modas de esa época. Contamos con algunas fuentes que documentan los procesos de momificación, rito principal del funeral aunque no el único. Para obtener información de cómo eran los funerales egipcios podemos recurrir a las imágenes grabadas y pintadas que se encontraban en las tumbas, o a los diversos papiros e inscripciones donde se relataban los pasos a seguir. Lo más normal es que la persona lo dejase todo por escrito meses o

años antes de morir, no obstante, no hay ninguna fuente antigua que contenga todos los pasos a seguir en el ritual funerario (Alegre, 2017, 158-169).

En el Imperio Nuevo parecen haberse vuelto más complejos los funerales que en el resto de períodos de la Historia del antiguo Egipto, ya que en las tumbas del Imperio Nuevo aparecen representadas más etapas del ritual funerario. En las imágenes de las que disponemos se muestra como el funeral se iniciaba tras el fallecimiento de la persona; después se abría un período de duelo en la casa del difunto, cuyo ambiente generaba ese estado de ánimo que era necesario para las posteriores ceremonias. Como recrea Parra Ortiz (2010, 84): “las mujeres —entre las que se encontraban también las plañideras profesionales— (*Vid. Anexo II, figura 24*) lloraban dentro del domicilio del muerto “arrancándose” los cabellos, “rasgándose” las vestiduras, en ocasiones con el pecho al descubierto y arrojándose polvo sobre la cabeza”. Los hombres, por su parte, mostraban el duelo en el exterior de la casa.

En el funeral que corresponde a la figura del faraón, tras el duelo empezaba la procesión funeraria (*Vid. Anexo II, figura 25*), que estaba compuesta, primeramente, por las ofrendas —alimentos y flores—, que eran transportadas por los familiares y sirvientes. Tras esto se portaba un cofre con los cuatro vasos canopos y finalmente el ajuar funerario que, por lo general, se componía de muebles, *ushebtis*, ungüentos, etc... Por último venía el ataúd. Delante y detrás del mismo iban dos plañideras, identificadas con Isis y Neftis, que, como encargadas del renacimiento de Osiris en el mito, debían hacer lo propio con el difunto.

Detrás venían personajes importantes como el “portador del sello del dios”, quien iba siempre con un cetro, un bastón y una banda de tela colgada del hombro, cuyas tareas serán asumidas a partir del Imperio Medio por el sacerdote-Sem. Seguidamente iba el embalsamador principal asociado con la figura de Anubis, personaje encargado de dirigir la momificación y vendar a la momia. Detrás de ellos venía el sacerdote-lector, conocido como aquel que realiza el ritual, que en la mano

llevaba los rollos de papiro que debía leer en la ceremonia de la Apertura de la Boca y, finalmente, la procesión la cerraba un grupo de plañideras que “dejaban tras de sí un eco de polvo, tristeza y algarabía que se iba perdiendo en el horizonte según se aproximaban a la ribera del Nilo” (Parra Ortiz, 2010, 85).

En el momento en el que se embarcaba todo para proceder a la travesía que cruzaba de una orilla a la otra del Nilo, el orden de embarque será el siguiente: primero, el sarcófago, el cual iba alojado en la nave “almirante”¹², o barco *uret*. Aquí también iban las dos mujeres que representaban a Isis y Neftis, colocaban en proa y popa respectivamente. Al barco fúnebre lo rodeaba una pequeña flota de barcos donde se encontraban los ajuares, el resto de personajes encargados de llorar la pérdida del individuo, la familia del difunto...

Tras llegar a la otra orilla, se procedía al desembarco de todos los objetos y entre ellos, el sarcófago, que era llevado a una cabina que algunos historiadores, como Jean-Claude Goyon (1972, 90-113), identifican con la tienda donde anteriormente se habría realizado el embalsamamiento. Sin embargo, esto no tendría mucho sentido, ya que al situar este lugar en la otra orilla del Nilo los portadores se verían obligados a transportar al difunto por el Nilo antes de ser momificado. Digo que es ilógico porque esta parte del funeral egipcio era de suma importancia¹³ y se creía que era más sencillo, para el difunto, alcanzar la otra vida si ya estaba momificado.

No obstante aquí creo ver opiniones contrapuestas, ya que como bien sugiere Goyon, el Ritual de la Apertura de la Boca se daría en dos ocasiones: la primera, justo después del embalsamamiento, y la segunda justo antes de que el ataúd y la momia

¹² Estas barcas siempre se representan con forma de media luna y en la cubierta suele haber un santuario portátil.

¹³ Tanto que, si la casa del difunto se encontraba en la ribera opuesta del Nilo, se encargaban de satisfacer esta etapa del ritual haciendo cruzar a todos los elementos por un canal de riego que simulase ser el Nilo (Parra Ortiz, 2010, 303-304).

fueran colocados en el interior de la tumba. Es decir, si se produce tras el embalsamamiento hay dos opciones: o bien se embalsamaba tras cruzar el Nilo y por ello también se identifican las tiendas con las del embalsamamiento, o bien cruzaban el Nilo con el cadáver sin momificar y los talleres se encontraban en el lado Oeste del río.

Por otro lado, otros autores como Parra Ortiz (2010, 300-310) consideran que esto no podría ser así, ya que los pasos idóneos serían primero la momificación del difunto para, seguidamente, hacer su transporte por el Nilo, y una vez llegados a la otra orilla se celebrarían el resto de ritos, entre los que encontramos el Ritual de la Apertura de la Boca.

Sin embargo, ¿no se ha pensado que esas tiendas al Oeste pueden ser portátiles y estar primeramente destinadas al embalsamamiento de aquellos que fallecieron en la orilla Oeste y posteriormente al Ritual de la Apertura de la Boca? En cualquier caso, no hay consenso entre la historiografía.

Tras esto, la procesión funeraria comienza su andadura por la orilla occidental, deteniéndose en diversas ocasiones para que la momia recibiese los rituales purificadores debidos. Durante el Imperio Antiguo hacían dos paradas: en la *tep-ibu* o tienda de purificación, y seguidamente en la *wabet* o lugar de purificación. En el Imperio Nuevo tenemos constancia de que se detenían en la *Seh netjer inepu*, o caseta divina de Anubis, y luego en la *iabet usekht* o sala de purificación. Quizá el hecho de que aquí también estuvieran las llamadas tiendas de purificación, que eran los talleres de los embalsamadores, lleva a la disyuntiva antes mencionada entre los diversos autores en cuanto a si el difunto cruza o no el Nilo momificado (Parra Ortiz, 2010, 303). Según Parra Ortiz (2010, 87), “durante la segunda parada se realizaban varias procesiones rituales, las cuales representaban peregrinaciones que el difunto debía realizar a varias ciudades sagradas de Egipto”. Entre esas peregrinaciones destacaba la de Abydos, la cual se convirtió en una parte muy importante del tránsito del difunto al

Más Allá. Su función no está muy clara pero, sea como fuere, las peregrinaciones permitían al difunto rendir tributo al dios en el cual se iba a convertir.

Tras todo esto, el fallecido, dentro de su ataúd, era llevado por un trineo tirado por bueyes o servidores hacia su tumba y, mientras esto, ocurría le realizaban libaciones: delante del trineo se derramaba agua y leche mientras que, por detrás, los participantes de la procesión cantaban y bailaban. Todo esto era seguido por la misteriosa figura del *tekenu* (*Vid. Anexo II*, figuras 26 y 27). No sabemos a ciencia cierta qué función cumple el *tekenu*. A primera vista parece ser un bullo que según algunos autores corresponde a una persona envuelta en lo que parece ser una piel de animal, ya que en algunas ocasiones se ve la cabeza de la persona o un pie que sobresale; otras veces sin embargo se muestra como un paquete sin rasgos distintivos. Como señala Parra Ortiz (2010, 88), “se ha sugerido que podría ser una reminiscencia de los antiguos sacrificios humanos realizados para los faraones de las dos primeras dinastías”.

A este trineo le seguía un cofre con todo el material necesario para realizar el Ritual de la Apertura de la Boca, el cual explicaré a continuación; sin embargo, antes de esto un sacerdote debía pedir permiso para entrar en la necrópolis y así poder realizar el enterramiento. Eran los llamados bailarines *Muu*¹⁴ (*Vid. Anexo II*, figura 28) los que concedían el permiso a través de la realización de una danza. Tras todo lo acontecido se daba comienzo a la realización de los dos rituales más importantes del funeral: la Apertura de la Boca y la Invocación de las Ofrendas.

¹⁴ Una de sus funciones era la de ser guardianes de la Necrópolis y otra era la de hacer de psicopompos, siendo los encargados de conducir al difunto desde este mundo hasta el Otro.

RITUAL DE LA APERTURA DE LA BOCA Y RITUAL DE INVOCACIÓN DE LAS OFRENDAS.

«He venido para abrazarte. Soy Horus [...] Yo he presionado tu boca, yo soy tu hijo al que amas».

Tumba tebana de Rekhmire, dinastía XVIII. Anónimo.

En cuanto al ritual de la apertura de la boca, contamos con numerosas fuentes que documentan su existencia y práctica y, especialmente gracias al funeral que recibió un alto funcionario llamado Pasaru siendo fundamentales los estudios de E. Otto. Este rito está bien atestiguado desde el Imperio Antiguo hasta muy avanzada la época romana, en el siglo II d.C. Pero fue en el Imperio Nuevo cuando alcanzó una formulación que permaneció prácticamente invariable hasta el final de esta civilización. Según Trello (1998, 190):

Es muy difícil trazar la historia de este ritual en la versión al Imperio Nuevo, dado que, según el egiptólogo E. Otto, se trata de una mezcla de fórmulas tomadas de seis rituales diferentes, a saber: un ritual de estatua; un ritual de ofrenda; un ritual de momificación; un ritual funerario; un ritual de sacrificio; un ritual del templo.

Lo que se pretendía con este ritual era devolver al difunto sus facultades vitales para que una vez alcanzado el Más Allá pudiera oír, saborear, tocar, ver y oler todas las ofrendas que hubieran depositado sus seres más queridos en su tumba (Lara Peinado, 2009, 30-31). Se conoce bien este ritual porque lo representaron en las paredes de las tumbas, pero también porque aparece descrito en inscripciones sobre los sarcófagos, en papiros, e incluso en los borradores que utilizaron los escribas para sus ensayos, siendo el primer ejemplo completo del ritual el encontrado en la tumba de Metchen (2600 a.C. Sakkara) (Trello, 1998, 189).

Aún con todo, las representaciones más completas fueron las de papiros pertenecientes al Imperio Nuevo, que solo muestran aspectos parciales del ritual. Los últimos registros fueron los papiros en escritura hierática. Debe enfatizarse que hacia las etapas más recientes, la totalidad del ritual ya no se recitaba, y que sólo se mantuvieron

ciertos actos esenciales, aunque esté documentado en ese período gracias a muchas inscripciones en sarcófagos, papiros e incluso ostraca (Goyon, 1972, 89-107).

También se encuentran testimonios del Ritual de la Apertura de la Boca aplicado a estatuas, y este ritual se extendió también a las barcas sagradas, aplicándose a las figuras de la proa, a los templos y las figuras que aparecían en los relieves, así como a otros objetos que también necesitaban ser dotados de vida, como por ejemplo el “escarabeo del corazón”, el cual se incorporaba al cuerpo del difunto (Budge, 1893, 230-231).

El Ritual de la Apertura de la boca normalmente se realizaba en un día, pero podía durar más. Por lo general, se practicaba a la entrada de la tumba, como muestran los papiros del Imperio Nuevo, donde había representadas ilustraciones del *Libro de los Muertos*. No obstante, como este ritual también fue usado para animar estatuas reales y divinas, encontramos continuas referencias a *Hut Nub*, el “Castillo del Oro” o la “Mansión del Oro”, que no era otra cosa que el taller del artesano que fabricaba las estatuas de los dioses, por lo general en un edificio anexo al templo o muy próximo a este.

En cuanto a los principales encargados de la realización del rito: destacaba el sacerdote *sem*, que era la persona encargada de llevarlo a cabo, y vestía una característica piel de leopardo (*Vid. Anexo II*, figura 29). Este papel a veces quedaba reservado para el primogénito, evocando el mito osiriano puesto que Horus era el encargado de realizar el Ritual de la Apertura de la Boca a Osiris.

Otro personaje destacado era el sacerdote *hery heb* o sacerdote lector, que se encargaba de oficiar la ceremonia y dar instrucciones mediante la lectura del “libreto” de la representación (Trello, 1998, 193) a los que intervenían en el ritual (Goyon, 1972, 96-97; Lara Peinado, 2009, 30-31).

Como los rituales se transforman con el tiempo, para poder ofrecer una aproximación de dicho ritual es necesario centrarse en una época, en este caso el Imperio Nuevo puesto que ofrece mayor cantidad de información documentada. Primero se realizaba la purificación, realizando la primera acción purificante con agua, que era repetida cuatro veces. Seguidamente se celebraba la reanimación, la cual se practicaba bien sobre la estatua o bien sobre la momia del difunto, en tercer lugar, los participantes del funeral asistían a la comida funeraria y por último a la clausura de la tumba.

En el acto principal, el de la Apertura de la Boca, se imitaba la exploración de la boca del recién nacido, que se hacía para comprobar que este pudiera respirar, y para limpiarle las mucosas que pudieran obstruir las cavidades, también se solía introducir el dedo meñique para detectar posibles malformaciones en la cavidad bucal (Labajo-Gonzalez *et al.*, 2014, 116-119). Para todo esto se necesitaban diversos instrumentos siendo el más importante uno curvado (*Vid. Anexo II, figura 30*). La representación más completa de este ritual contiene 75 escenas (*Vid. Anexo II, figura 31*).

Tras una comida funeraria se recitaban letanías a los dioses (por ejemplo, la *Letanía a Ra*, mencionado anteriormente). Con ello se creía que el difunto recuperaba su facultad de palabra y, con ello, “el poder misterioso que la misma encerraba a beneficio del *ka* difunto”. A todo ello seguía la parte más extensa del ritual y que rememoraba la ceremonia de la vestimenta real: “lo mismo que los dioses aceptaban al rey tras su diaria investidura y coronación, así también aceptaban al difunto al ser vestido con ropas sagradas y realzado con ornamentos” (Lara Peinado, 2009, 31).

Finalmente, la estatua o la momia, a la cual se tocaba por última vez la boca, era depositada en la capilla de la tumba, tras ser abrazada por los familiares. Tras sellar la entrada, los sacerdotes recitaban conjuros para que el interior de la tumba se mantuviera intacto para siempre. En el *Libro de los Muertos* encontramos la Fórmula 23 (*Vid.*

Anexo I, texto 10), la cual ilustra a la perfección lo anteriormente explicado y que se recitaba para que el difunto abriese su boca en el Más Allá.

Así terminaba el ritual funerario, pero no es el punto final del proceso ya que después de esto se realizaba el banquete funerario, cuya finalidad era celebrar que el difunto había recuperado sus facultades, como muestran las representaciones del Imperio Nuevo pintadas en las tumbas tebanas de los nobles (*Vid. Anexo II, figura 32*).

Después del banquete era obligación del primogénito ofrecerle ofrendas al muerto para que este pudiera alimentarse y realizar las tareas para las cuales había recobrado los sentidos mediante el Ritual de la Apertura de la Boca. La tarea recaía en el primogénito, pero por lo general, las familias solían contratar a personas que se encargaban de esto, y que eran los llamados “servidores del *ka*¹⁵”.

Las ofrendas también podían venir de una fundación piadosa ya que muchas personas, antes de fallecer, dejaban estipulada una cantidad determinada de ingresos dedicada única y exclusivamente a las ofrendas funerarias, aunque lo normal es que las ofrendas viniesen de varias fuentes. El servidor del *ka* leía la fórmula de las ofrendas y exponía las mismas y tras esto se arrodillaba. Por último, tras leer un rollo de papiro que contenía los textos adecuados, el sacerdote salía de la tumba caminando hacia atrás mientras limpiaba sus pasos con una escoba; la ofrenda diaria había terminado (Alegre, 2017, 169-173).

USOS DE LAS MOMIAS

Como comenté en la introducción, la palabra momia viene de *mumia*, una sustancia a la que se atribuían propiedades medicinales. El primer uso que se les dio a las momias fuera del ámbito funerario fue el medicinal. Así por ejemplo, los médicos

¹⁵ Este título era para aquel que se encargase de llevar a cabo las ofrendas al difunto de manera diaria, no únicamente para el individuo contratado sino en general.

contaban entre otras cosas, con la glándula pituitaria de los cadáveres, preparando con ella remedios contra las deficiencias de la hormona del crecimiento (Parra Ortiz, 2010, 21).

Con todo, este uso no fue ni el único ni el más degradante que sufrieron las momias egipcias, ya que los pintores del siglo XVIII descubrieron que mezclándolas en justas proporciones con las resinas y disolventes adecuados, un trozo de momia se transformaba en una excelente pintura de color marrón, conocida como “marrón de momia”.

La transformación de momias en papel se clasifica entre las motivaciones más extrañas del comercio de momias. No los cuerpos en sí, por supuesto, sino sus envolturas, que sirvieron como materia prima para la fabricación de dicho elemento. Fue en 1855 cuando en un artículo, relacionado con la industria local de fabricación de papel, Isaiah Deck llegó a la conclusión de que importar momias desde Egipto para aprovecharlas como materia prima sería muy rentable ya que una momia esta enfajada, como término medio, por unos 16 kilos de vendas de lino (Aufderheide, 2003, 523). Esa tela “alcanzaba a finales del siglo XIX un precio de 6 centavos por kilo, es decir, la mitad que idéntico material fabricado en Estados Unidos, y eso sin contar con las valiosas resinas y aceites aromáticos recuperables tras un proceso de purificación no muy caro” (Parra Ortiz, 2010, 23). Deck no llegó a sugerir el uso de las vendas para la fabricación de papel y sin embargo un año después saltó la noticia de que alguien en Nueva York las estaba usando justo para ese fin. Aquí quedó la cosa hasta el estallido de la Guerra de Secesión. Como la tela era necesaria para la fabricación de uniformes y vendas, las momias se empezaron a utilizar como materia prima para la elaboración de papel. Como resultado, se obtuvo un vasto papel que fue vendido a fruterías y tiendas de ultramarinos para envolver sus mercancías (Parra Ortiz, 2010, 24).

Otro uso del que puedo dar cuenta lo relata Mark Twain (1835-1910) en su obra *Inocentes en el extranjero*, publicada en 1903; es el uso de las momia como combustible

(*Vid. Anexo I, texto 11*). ¿Por qué alguien utilizaría el cuerpo de lo que anteriormente fue una persona como combustible? Los cuerpos momificados estaban casi desprovistos de agua y envueltos en hasta 16 kg. o más, de capas de lino, además de una cantidad variable de resinas, lo que las convertía en un producto altamente inflamable.

Era inevitable que alguien explotara esta característica vulnerable de las momias. Los ferrocarriles egipcios calentaron sus calderas con momias, esto, para algunos historiadores, no era descabellado puesto que hay que pensar que, en una momia, puede haber hasta 24 kilos de material inflamable entre tela, huesos, papiros, resinas, aceites...

El destino más habitual de las momias fue el de terminar como *souvenir*. Sabemos de casos de momias falsificadas. El engaño deliberado en la fabricación, venta o uso de una momia es una práctica antigua. A juzgar por la calidad de las momias producidas en los tiempos faraónicos, la mayoría de esos embalsamadores estaban claramente comprometidos con sus principios profesionales. Sin embargo, al sinvergüenza actual puede identificársele por su producto: el trabajo era de mala calidad y puede reflejarse por ejemplo en la omisión de algunos de los detalles escondidos bajo de los envoltorios.

En contraste con la explotación activa de las momias con fines comerciales o de otro tipo, la pérdida de una momia también puede ocurrir por simple negligencia. Dado que la conservación adecuada de los restos humanos momificados puede ser un procedimiento costoso y que consume mucho tiempo, a veces pueden quedar relegados a un almacenamiento en pésimas condiciones, que a menudo no detienen el proceso de descomposición sino que incluso puede acelerarlo. Como ejemplo de esto, destaca el caso de la momia de Ramsés II, que fue enviada a Francia para su esterilización mediante radiación gamma de cuerpo completo. En 1975, la momia del faraón se estaba descomponiendo en la sala donde se hallaba y corría el riesgo de desaparecer, por lo que los gobiernos egipcio y francés llegaron a un acuerdo para llevar a cabo su análisis y

restauración (Llagostera, 2010, 61-89). El faraón tuvo que ser desplazado al Estado galo, donde un equipo de más de cien personas, entre los que se encontraba Lionel Baolut, se dispuso a cuidar y restaurar la momia del faraón. Entre ellos, botánicos, paleopatólogos, entomólogos y expertos en parasitología, anatomía, radiología, etc.

Los científicos llegaron a conclusiones y descubrimientos verdaderamente interesantes. Por ejemplo, pudieron apreciar su dolencia reumática en la pelvis, las caries de su dentadura, su desnucamiento cervical, posiblemente, provocado en el momento del embalsamamiento, justo a la hora de introducir por la nariz la resina caliente que debía llegar al interior del cráneo (*Vid. Anexo II, figura 33*), en el que lógicamente, ya no estaba su cerebro.

Los análisis descubrieron, además, casi 400 colonias de hongos, de más de 80 especies distintas, que estaban invadiendo el cuerpo del faraón. Pero la momia también presentaba en su interior restos minerales, entre ellos, cuarzo. Finalmente, el cuerpo del faraón pudo ser tratado con métodos modernos de conservación, y en la actualidad, tras meses de operaciones, análisis y tratamientos de todo tipo, Ramsés II descansa de nuevo en la tierra que le vio nacer, expuesta en el Museo de El Cairo.

CONCLUSIONES

En primer lugar, querría volver a destacar el relevante papel que tuvo la introducción de la ciencia en la investigación de la Historia Antigua y más concretamente en el estudio de las momias: desde los rayos X, los TAC o la labor de paleopatólogos y diversos conservadores y restauradores que hacen su labor para acercarnos a un pasado que cada día está más presente, ya que si a alguien debemos agradecer las informaciones que nos llegan de las momias es tanto a embalsamadores como a historiadores y arqueólogos que interpretaron los hallazgos y a los que ayudaron, o con los que colaboraron, diversos colectivos dedicados a las ramas científicas que aportan valiosas informaciones al conocimiento de este tema.

Como se ha expuesto a lo largo del trabajo, todo el proceso de momificación y los rituales funerarios en Egipto evolucionaron como resultado, sin duda, de diversos factores culturales, políticos, sociales, geográficos... Un ejemplo es la evolución de la longitud y la anchura de las vendas, así como también el hecho de que desde c. 1390 a.C., era costumbre inscribir textos hieráticos y jeroglíficos sobre las telas de momia.

La muerte no era el fin para los egipcios y según su cosmovisión, en ese proceso el cuerpo era necesario, ya que era el recipiente en el que residían todos los componentes del hombre que hacían que cada persona fuese diferente del resto. Por ello era imprescindible preservar el cuerpo para garantizar la existencia eterna. Una vez que la persona fallecía, se abrían dos caminos: por un lado, lo que el difunto hacía por sí mismo rindiendo cuentas en la psicostasia, tras lo cual el *ba* se unía al *ka*, se convertía en el *aj* y vivía eternamente; por otro lado, lo que el resto de personas podían y debían hacer por el difunto para procurarle una vida eterna favorable en el Más Allá.

Para lograr el acceso del difunto al Más Allá se hizo necesario, además de un *corpus* ritual funerario que ayudase al difunto tanto a su llegada a la otra vida como en su residencia eterna, un cuerpo momificado gracias a las técnicas de embalsamamiento que ellos mismos desarrollaron y perfeccionaron tras la observación de los fenómenos naturales que daban como resultado momias. Se forjaron así la creencia y la querencia por dar con la fórmula perfecta para la detención de la descomposición humana que permitía alcanzar con grandes garantías, reforzadas con la realización de determinados ritos, esa Segunda Vida.

Al principio, en el Imperio Antiguo, el Más Allá quedó reservado para el faraón, pero con la progresiva “democratización del allende” se hizo accesible primeramente a los grupos sociales más elevados y, finalmente, a toda la sociedad (Cervelló, 2015-2015, 91-102). Por eso Heródoto (*Historias*, II, 86-88) aludía a tres técnicas de embalsamamiento, que dependían de los recursos económicos del difunto y/o de su

familia. En época romana, los objetivos iniciales de la momificación se desvirtuaron y sólo les interesó obtener una bonita momia, sin importar el estado interno del envoltorio.

Finalmente, he querido destacar los diversos usos que se les dio a las momias. Entre ellos se incluye su exposición en museos, lo que ha generado un debate que a día de hoy sigue abierto. De hecho, los académicos debaten sobre hasta qué punto es ético y/o moral exhibir cuerpos que en otra época tuvieron vida como si hoy sólo fueran un objeto más. ¿Puede considerarse un cadáver como un objeto arqueológico/artístico? (Herráez, 2012, 31-45). En mi opinión, siempre y cuando se traten con el respeto que merecen, las momias forman parte de la Historia tanto como las obras de arte y, aunque es cierto que en otro tiempo fueron personas, considero que su exposición también es una manera de rendir homenaje a una cultura milenaria y de suma importancia en la Historia.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes clásicas

DIODORO SÍCULO, (2001), *Biblioteca histórica*, trad. F. Parreu, Madrid: Gredos.

HERÓDOTO, (1981), *Historias*, Libro II, España, trad./ed. C. Schrader Europa: Gredos.

LARA PEINADO, F., (2009), *El Libro de los Muertos*, Madrid, Tecnos.

WALLIS BUDGE, E. A., (2017), *El Libro egipcio de los Muertos. El Papiro de Ani*, Málaga, Sirio.

Historiografía moderna

ALEGRE, S., (2017), *Dioses, mitos y rituales en el antiguo Egipto. Una panorámica de las creencias religiosas en el Egipto faraónico*, Madrid, Dilema.

ASSMANN, J., (2005), *Egipto. Historia de un sentido*, Madrid, Abada.

AUFDERHEIDE, A. C., (2003), *The Scientific Study of Mummies*, Cambridge, Cambridge University Press.

BRIER, B. Y HOBBS, H., (2008), *Daily Life of the Ancient Egyptians*, London, Greenwood Press.

CERVELLÓ, J., (2015-2016), A vueltas con la teoría de la “democratización” del Más Allá tras el Reino Antiguo. Algunas ideas. *Revista sobre Oriente Próximo y Egipto en la antigüedad* (Nº 18-19) pp. 91-102.

COENEN, M., (1998), “An Introduction to the Document of Breathing made by Isis.” *Revue d’Égyptologie*, 49, pp. 37-45.

DUNAND, F. y LICHTENBER, R., (2010), “Los egipcios, la muerte y la momificación.”, en MATHIAUT-LEGROS, A. *et al.*, El enigma de la momia. El rito funerario en el Antiguo Egipto, Alicante, Diputación de Alicante, Fundación MARQ, pp. 42-49.

ELIADE, M., (1999), *Historia de las creencias y de las ideas religiosas. I, De la edad de Piedra a los Misterios de Eleusis*, Barcelona, Paidós.

ESTEBAN, FERNÁNDEZ, ISIDRO y MALGOSA, (2006), “Examen endoscópico de una momia egipcia: Valoración de los resultados”, *Medicina clínica*, 127, 16, pp. 622-625.

FRANCO, I., (1994), *Pequeño diccionario de mitología egipcia*, Palma de Mallorca, Alejandría.

GOYON, J. C., (1972), *Rituels funéraires de l'ancienne Égypte*, Paris, Les Éditions du Cerf.

HERRÁEZ, I., (2012), “Cuestiones éticas y legales. Siempre sujetos, pero aunque fueran objetos tendrían sentido”, *Momias Manual de buenas prácticas para su preservación*, Madrid, pp.31-45

HORNUNG, E., (2000), *Introducción a la egiptología: estado, métodos, tareas*, Madrid, Trotta.

LABAJO-GONZALEZ, E. et al., (2014), “El rito de la «Apertura de la Boca» en el Antiguo Egipto: estudio bucodental de una cabeza egipcia momificada”, *Revista española de medicina legal*, 40, 3, 116-119.

LICHTHEIM, M., (2006), *Ancient Egyptian Literature*, Londres, III.

LLAGOSTERA, E., (2010), “Viaje póstumo a París del Faraón Ramsés II.” *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, 23, pp. 61-89.

LÓPEZ GRANDE, M. J., (1994), “Posible simbolismo funerario de fragmentos cerámicos en Egipto”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, 7, pp. 13-21.

LUCAS, A., (1948), *Ancient Egyptian material and industries*, London, Edward Arnold.

MORALES, A. J., (2015), “El ritual en los Textos de las Pirámides: sintaxis, texto y significado”, *Ilu. Revista de Ciencias de las Religiones*, 20, pp. 137-164

PALAO PONS, P., (2000), *Momias*, Girona, Tikal.

PARRA ORTIZ, J. M., (2010), *Momias. La derrota de la muerte en el Antiguo Egipto*. Barcelona, Crítica.

PÉREZ LARGACHA, A., (2004), “Heródoto y la arqueología egipcia”, *Boletín de la asociación española de orientalistas*, XL, pp. 111-122.

RIGGS, C., (2005), *The beautiful burial in Roman Egypt. Art, identity, and Funerary Religion*, Oxford, Oxford University Press.

ROSALIE DAVID, A., (2008), “Egyptian mummies: an overview”, en Id. *Egyptian Mummies and Modern Science*, Manchester, Cambridge University Press, pp. 10-21.

SAUNERON, S., (1971), *La egiptología*, 40, Barcelona, Oikos-tau.

SMITH, G. E., (1912), *Catalogue général des antiquités égyptiennes du Musée du Caire N° 61051-61100 The Royal Mummies*, Chicago, The University of Chicago Libraries.

TAYLOR, J. H., (2001), *Death and the afterlife in Ancient Egypt*, London, British Museum.

——— (2014), *Ancient Lives, new discoveries. Eight mummies, eight stories*, London, British Museum Press.

TRELLO, J., (1997), “Ritos de resurrección en la tumba de un dios. Osiris en Abydos”, *Boletín de la Asociación Española de Egiptología*, 7, pp. 191-203.

——— (1998), “Renacer para revivir: Una aproximación al significado de diez secuencias del ritual de la Apertura de la Boca”, *Boletín de la Asociación Española de Egiptología*, 8, pp. 187-215.

WALLIS BUDGE, E. A., (1893), *The mummy: chapters on Egyptian funereal archaeology*, Cambridge, Cambridge University Press.

——— (1979), *Egyptian religion. Egyptian ideas of the Future Life*, London, Routledge.

ZAMACONA GARCÍA, C., (2006-2007), “Un corpus funerario egipcio: los textos de los sarcófagos”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, 19-20, pp. 41-59.

ANEXO I

Texto 1:

Descripción sobre el proceso de embalsamamiento, Heródoto (V a.C.), *Historias*, II, 86-88, trad./ed. C. Schrader.

Después, llenan la cavidad abdominal de mirra pura molida, de canela y de otras substancias aromáticas, salvo incienso, y cosen la incisión. Tras estas operaciones, «salan» el cadáver cubriendolo con natrón durante setenta días (no deben «salarlo» un número superior) y, una vez transcurridos los setenta días, lo lavan, y fajan todo su cuerpo con vendas de cárbaso finamente cortadas, que por su reverso untan con goma, producto que los egipcios emplean, por lo general, en lugar de cola. Por último, los deudos recogen el cuerpo y encargan un féretro antropomorfo de madera; una vez listo, en él meten el cadáver, lo cierran y, así dispuesto, lo guardan en una cámara sepulcral colocándolo de pie apoyado contra una pared.

Ese es el modo más sumuoso de preparar los cadáveres. Por su parte, a los que optan por el modelo intermedio con el propósito de evitar un gran dispendio, los preparan como sigue. Llenan unas jeringas con un aceite que se obtiene del enebro de la miera, llenan con ellas la cavidad abdominal del cadáver sin practicarle la incisión ni extraerle el intestino, sino inyectándole el líquido por el ano e impidiendo su retroceso, y lo conservan en natrón el número de días prescrito. Al cabo de ellos sacan de la cavidad abdominal el aceite de miera, que con anterioridad introdujeron y que tiene tanta fuerza que consigo arrastra, ya disueltos, el intestino y las vísceras; a las partes carnosas, a su vez, las disuelve el natrón, y así del cadáver sólo quedan la piel y los huesos. Una vez realizadas esas operaciones, devuelven el cuerpo en este estado, sin cuidarse de nada más.

Por su parte, el tercer tipo de embalsamamiento, que se aplica a los más indigentes, es como sigue. Limpian la cavidad abdominal con una purga, conservan el cuerpo en natrón durante los setenta días y luego lo entregan a los familiares para que se lo lleven.

Cuando les llevan un cadáver, muestran a quienes lo han traído unos modelos de cadáveres en madera, copiados del natural, y explican que, entre los modelos existentes, el embalsamamiento más suntuoso es el que se empleó para aquel cuyo nombre considero irreverente mencionar a propósito de un asunto semejante (Osiris); luego, muestran un segundo modelo, inferior al primero y más barato, y, finalmente, un tercero, que es el más barato.

Después de dar estas explicaciones, preguntan a los familiares con arreglo a qué modelo quieren qué se les prepare el cadáver; entonces los parientes convienen en un precio y salen de allí, mientras que los embalsamadores se quedan en sus talleres y realizan el embalsamamiento más suntuoso como sigue: primero, con un gancho de hierro, extraen el cerebro por las fosas nasales (así es como sacan parte del cerebro; el resto, en cambio, vertiendo drogas por el mismo conducto). Luego, con una afilada piedra de Etiopía sacan, mediante una incisión longitudinal practicada en el costado, todo el intestino, que limpian y enjutan con vino de palma, y que vuelven a enjugar, posteriormente, con substancias aromáticas molidas.

Texto 2:

El Canto del Arpista, finales del I Período Intermedio, siglo XXVI a.C. (Dunand y Lichtenberg, 2010, 41-42).

Nadie regresa de allí abajo para decir lo que les ha pasado [a los muertos]. (...) Los lamentos no hacen regresar a nadie de la tumba. (...) Nadie que se haya ido ha vuelto.

Texto 3:

Inscripción de la tumba de Neferekheru, de la época de Ramsés II (Dunand y Lichtenberg, 2010, 42).

La casa de los que están en Occidente es profunda y oscura. No tiene puerta ni ventana, ni luz para iluminarla, ni viento del norte para serenar el corazón...

Texto 4:

Inscripción de la tumba de Taimhotep, Saqqara, siglo I a.C. (Lichtheim, 2006, 63)

Oh hermano mío, esposo, amigo, que tu corazón no se canse de beber y de comer, de la embriaguez y del amor! ¡Pasa un día feliz! ¡Sigue día y noche a tu corazón!.

Texto 5:

Capítulo 188 del *Libro de los Muertos* (Lara Peinado, 2009). Fórmula para enviar el alma, construir la cámara funeraria (y) salir al día bajo la forma humana.

Palabras dichas por N.:

¡Anubis, en paz! ¡Glorioso, hijo de Re, entra en paz en lo que concierne a mi Ojo divino! Has glorificado mi alma y mi sombra, que han visto a Re en sus dones; (mi alma pidió tener el uso de sus piernas) a fin de que este hombre, (que soy yo), la vea, o que ella sea, como siendo mi forma, mi aspecto, mi esencia, mi forma verdadera de alma que dispone de todas las cosas y (que es) divina, (pues) relumbra como Re y resplandece como Hathor.

Que mi alma y mi sombra acudan a mí sobre sus piernas donde quiera que se encuentre este hombre, (que soy yo), a fin de que las vea. Que mi alma pueda levantarse, sentarse o entrar en la capilla de la Eternidad, porque soy uno de los cortesanos de Osiris, (cortesano) que va por la noche y regresa de día, que celebra los festivales.

Texto 6:

Ritual adjuntado a las indicaciones de embalsamamiento de época romana, (Parra Ortiz 2010, 82).

La muerte se llama “ven”; todos a los que ella llama acuden enseguida, con los corazones encogidos por el miedo. (...) Nadie puede desviar su maldición de sus seres queridos. (...) Ella no atiende a quien le implora, ni escucha a quien le ruega.

Texto 7:

Introducir las entrañas en un vaso. Tercer paso del ritual de embalsamamiento en los siglos I-II d.C., (Goyon, 1972, 42-83).

Luego, a partir de esto, [extrae los intestinos (?)] por segunda vez y colócalos en una vasija de barro, que contenga la pomada de los Hijos de Horus para que [este] ungüento del dios impregne el cuerpo divino. Porque las entrañas son regeneradas por el humor que sale del cuerpo divino. [...] con ellos el rostro de este dios para que él pueda verlos. Recita la misma fórmula por segunda vez, dejando [las vísceras] en reposo, hasta que tengamos que ir a buscarlas nuevamente.

Texto 8:

Nota Técnica. Quinto paso del ritual de embalsamamiento en los siglos I-II d.C., (Goyon, 1972, 42-83).

Y después de eso, después del masaje de su espalda, con aceite derramado sobre un trozo de tela, de acuerdo con el hábito que tenía en la tierra, tenga cuidado de no ponerlo sobre su pecho o sobre su pelvis, lleno de medicamentos, porque de lo contrario, los dioses que están dentro de su abdomen serían expulsados del lugar que deben ocupar. Levantarás su rostro, como lo hizo antes.

Texto 9:

Capítulo 125 del *Libro de los Muertos*. Fórmula para entrar en la Sala de las Dos Ma'at y adorar a Osiris, que preside en el Occidente (Lara Peinado, 2009, 209-225).

Palabras dichas por el Osiris Ani:

He venido aquí para contemplar tu perfección. Mis manos se elevan adorando tu verdadero nombre. Vine aquí cuando (todavía) no existía el abeto, cuando la acacia todavía no había sido creada y cuando todavía no se había producido ningún soporte boscoso de tamarisco. Si penetro en el lugar secreto, disputaré con Seth, (pero) seré amigable con el que venga a mi encuentro con el rostro velado, el cual habrá caído a causa de las cosas secretas.

Texto 10:

Capítulo 23 del *Libro de los Muertos*. Fórmula para abrir a N. su boca en el Más Allá (Lara Peinado, 2009, 74-75).

Que diga:

Que mi boca sea abierta por Ptah, que las vendas que amordazan mi boca sean desatadas por el dios de mi ciudad. Que acudan además Thot, plenamente provisto de fórmulas mágicas; sean desligadas las vendas de Seth que amordazaban mi boca (y) sean separadas las manos de Atum que estaban colocadas como protección de ella.

Mi boca me ha sido restituida, mi boca me ha sido abierta por Ptah, mediante su cuchillo de hierro (celeste), con el cual abrió la boca de los dioses. Soy Sekhmet-Uadjet, que reside en el Occidente del cielo. Soy Shayt, que está en medio de las Almas de Heliópolis.

¡Que los dioses rechacen cuantos sortilegios y conjuros mágicos se hagan contra mí! ¡Que se opongan a ellos todos y cada uno de los dioses de la Enéada!

Texto 11:

Mark Twain (1903) *Inocentes en el extranjero*

No voy a hablar del ferrocarril egipcio, ya que es como cualquier otro ferrocarril. Me limitaré a decir que el combustible que utilizan para la locomotora se compone de momias de tres mil años, compradas a ese propósito a tanto la tonelada en los cementerios, y que a veces se escucha al maquinista profano exclamar con voz malhumorada: ¡Joder con estos plebeyos que no se queman y no valen un centavo; mejor pásame un noble...!

ANEXO II



Figura 1

Imagen de halcón momificado; gracias a su análisis con rayos X, no ha sido necesario retirar las vendas para saber que se trata de una falsificación. (Parra Ortiz, 2010, s/p).



Figura 2

Momia de Tutmosis III. (Parra Ortiz, 2010, 36).



Figura 3

Mapa de la geografía del Valle del Nilo.

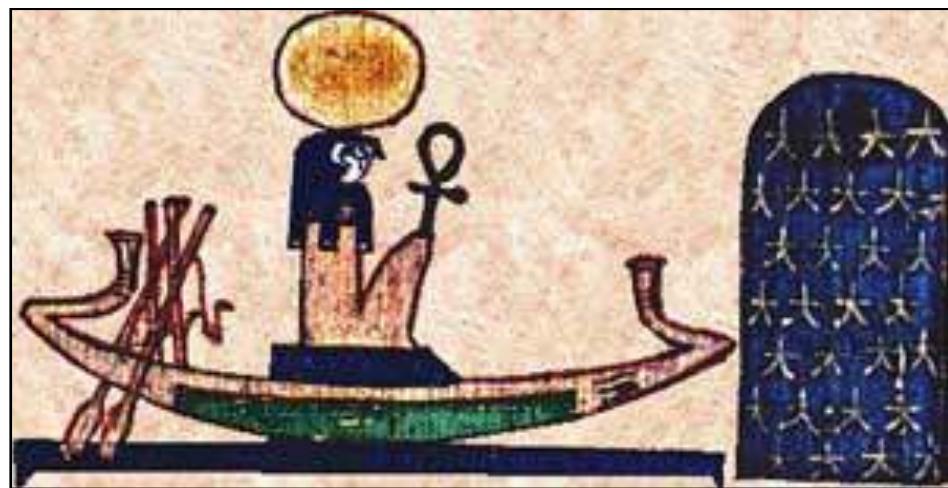
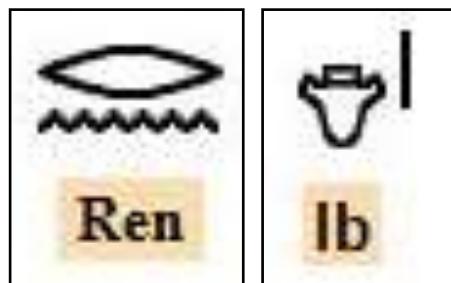


Figura 4

Representación de Ra, el dios Sol, en su barca solar.



Figuras 5 y 7

Jeroglíficos que representan las palabras *Ren*: nombre e *Ib*: corazón.



Figura 6

Representación de *shuyt*: sombra.



Figura 8

Escultura de madera del monarca Auibre Hor I, de la Dinastía XIII, representado con su *ka*. Altura: 1,7 metros. Actualmente se encuentra en el Museo Egipcio de El Cairo.



Figura 9

Representación del *ba* egipcio de la reina Nefertari en su tumba en el Valle de las reinas, (Dinastía XIX).



Figura 10

Representación del *Akh (aj)* como ibis.



Figuras 11 y 12

Pared sur de la antecámara de la pirámide del rey Unas, donde se grabaron los *Textos de las Pirámides*.



Figura 13

Sarcófago de Nakhti, XXII dinastía, Museo del Louvre.

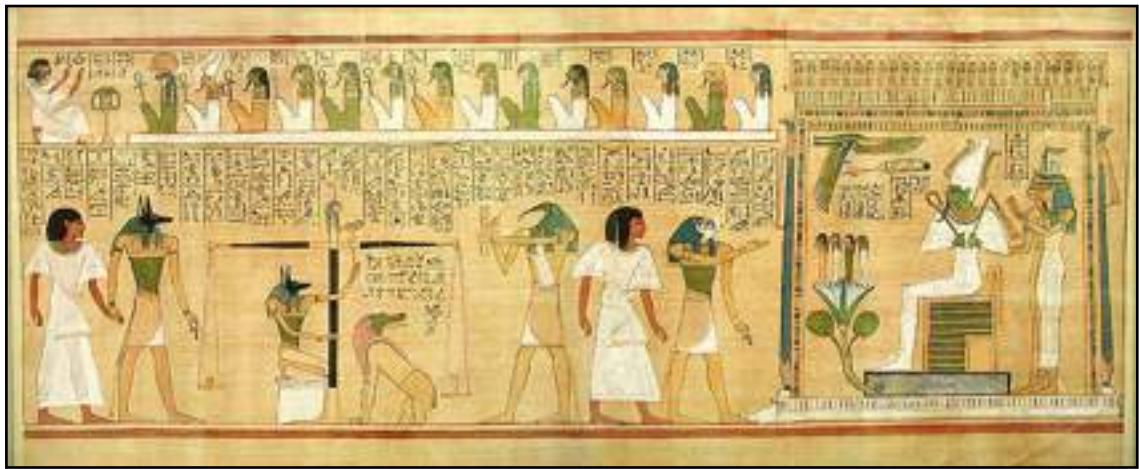


Figura 14

Fórmula perteneciente al *Papiro de Ani*, que actualmente se conserva en el Museo Británico, Londres, con el nº de inventario 10.470.



Figura 15

Representación de Apofis en las paredes de una tumba del Imperio Nuevo 1539 - 1075 a.C.



Figura 16

Hombre de Gebelein, que actualmente se expone en el Museo Británico, Londres. Fue enterrado en posición fetal alrededor del año 3500 a. C. y descubierto en 1896.



Figura 17

Vasos canopos.



Figura 18

Pecho de momia encontrado por Reisner (Parra, 2010, 66).



Figura 19

Cabeza momificada de Seqenenre y sus heridas señaladas con flechas (Aufderheide, 2003).

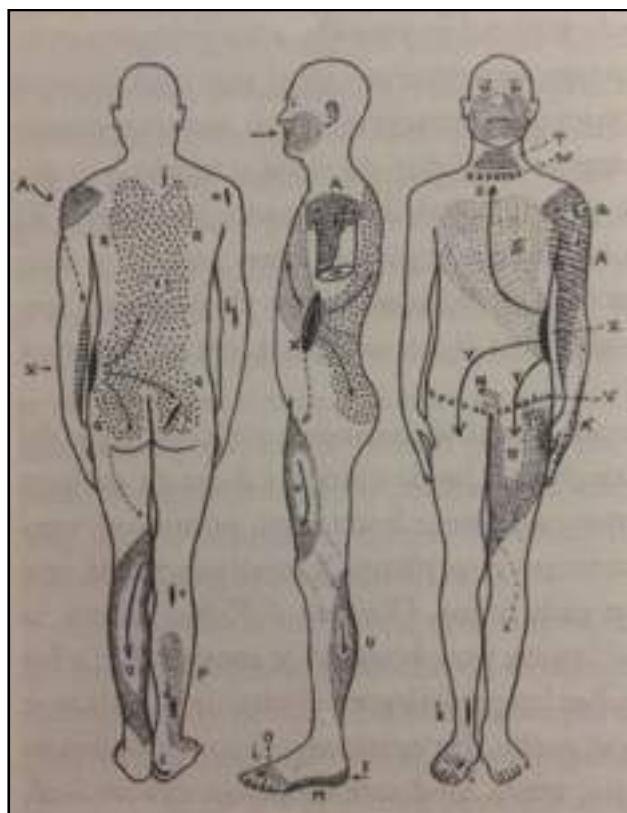


Figura 20

Esquema con la localización de las incisiones y las direcciones del relleno en las momias de la XXI dinastía (Parra Ortiz, 2010, 74).



Figura 21

Máscara de retrato de El Fayum (Riggs, 2005).



Figura 22

Lecho con forma de león.



Figura 23

Escarabeos del corazón.

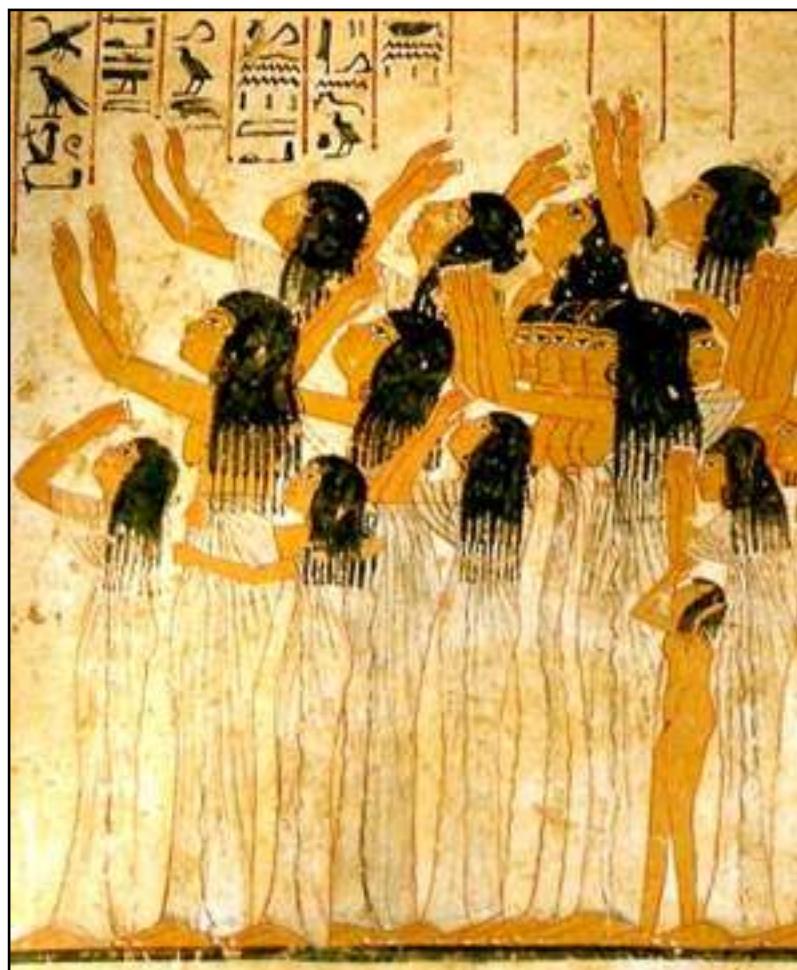


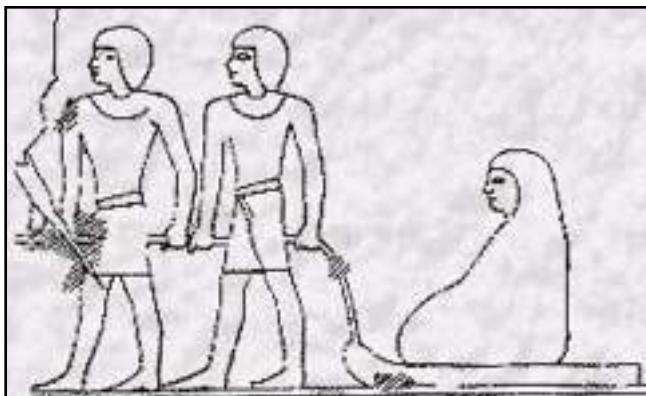
Figura 24

Plañideras profesionales representadas sobre la pared de una tumba.



Figura 25

Procesión funeraria del transporte del ajuar a la tumba.



Figuras 26 y 27

Tekenu envuelto en una mortaja y en posición fetal sobre un trineo. La fotografía de la derecha es una Pintura de la tumba de Ramose en Gourna, XVIII Dinastía. (foto: M^a Rosa Valdesogo Martín).

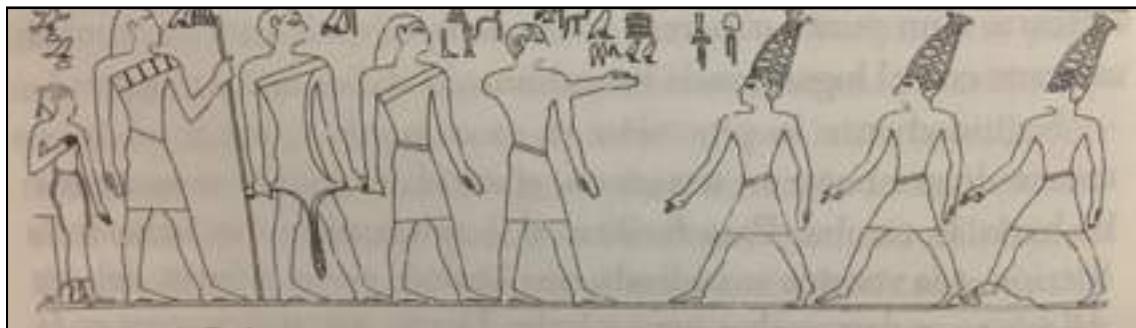


Figura 28

Bailarines *Muu* representados en la tumba de Antefoker (TT 60). Tebas, dinastía XII.
(Parra Ortiz, 2010, 88).



Figura 29

Ritual de la Apertura de la Boca.



Figura 30

Material utilizado en el Ritual de la Apertura de la Boca. IV dinastía.

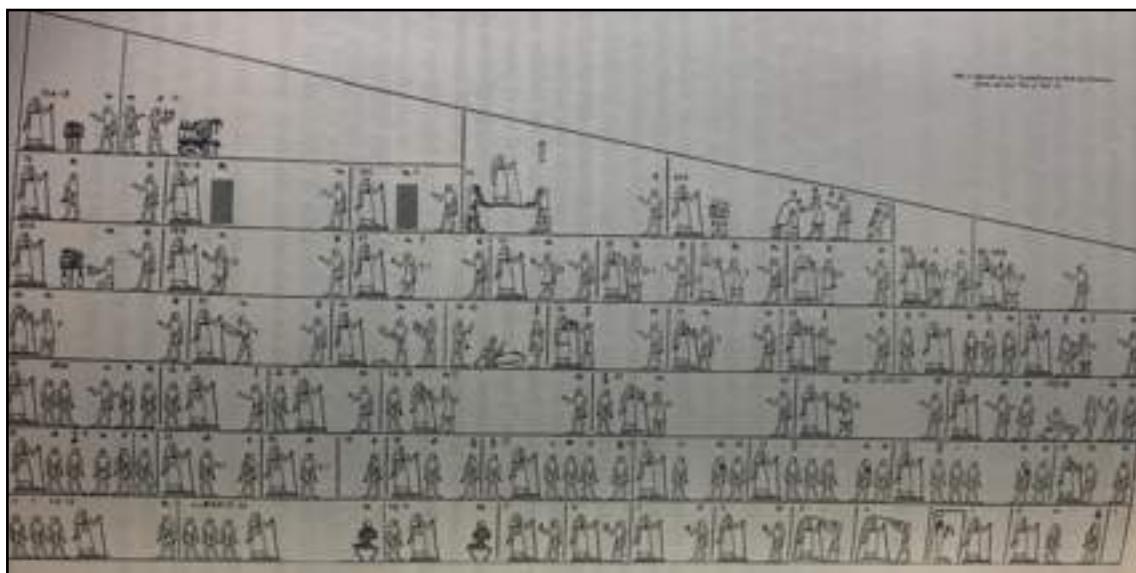


Figura 31

(Goyon, 1972).



Figura 32

Tumba de Nebamun, Dinastía XVIII, 1539 - 1292 a.C.

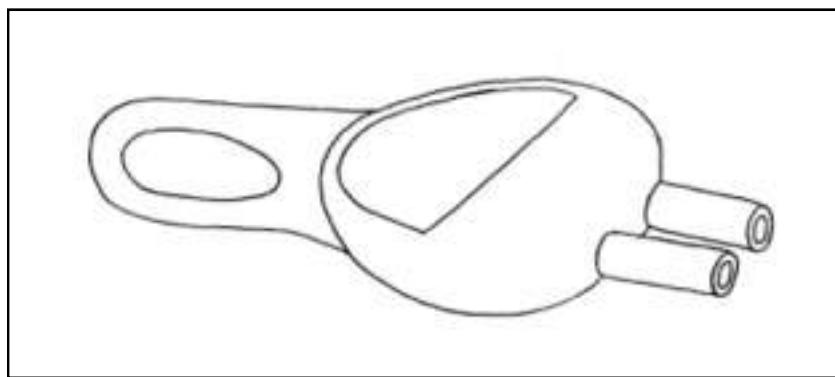


Figura 33

Instrumento utilizado para inyectar resina en el cerebro del difunto. Dibujado por Rivka Rago, recogido en *Daily Life of the Ancient Egyptians*. (en Brier y Hobbs, 2008, 54).

ANEXO III

Período Predinástico	4000 - 2920 a.C.
- Dinastía 0	c. 3000 - 2920 a.C.
Período Dinástico Temprano	2950 - 2650 a.C.
- I dinastía	2950 - 2775 a.C.
- II dinastía	2775 - 2650 a.C.
Imperio Antiguo	2650 - 2125 a.C.
- III dinastía	2649 - 2575 a.C.
- IV dinastía	2575 - 2450 a.C.
- V dinastía	2450 - 2325 a.C.
- VI dinastía	2325 - 2175 a.C.
- VII/VIII dinastía	2175 - 2125 a.C.
Primer Período Intermedio	2125 - 1975 a.C.
- IX dinastía	2125 - 2080 a.C.
- X dinastía	2080 - 1975 a.C.
- XI dinastía	2080 - 1975 a.C.
Imperio Medio	1975 - 1640 a.C.
- XI (b) dinastía	1975 - 1940 a.C.
- XII dinastía	1938 - 1755 a.C.
- XIII dinastía	1755 - 1630 a.C.
- XIV dinastía	Quizá coetánea a las dinastías XIII y XV
Segundo Período Intermedio	1630 - 1520 a.C.
- XV dinastía	1630 - 1520 a.C
- XVI dinastía	Coetáneos a la XV dinastía
- XVII dinastía	1630 - 1540 a.C.
Reino Nuevo	1539 - 1075 a.C.
- XVIII dinastía	1539 - 1292 a.C.
- XIX dinastía	1292 - 1190 a.C.
- XX dinastía	1190 - 1075 a.C.

Tercer Período Intermedio	1075- 715 a.C.
- XXI dinastía	1075 - 945 a.C.
- XXII dinastía	945 - 715 a.C.
- XXIII dinastía	830 - 715 a.C.
- XXIV dinastía	730 - 715 a.C.
- XXV dinastía	770 - 715 a.C.
Baja Época	715 - 332 a.C.
- XXV dinastía	715 - 657 a.C.
- XXVI dinastía	664 - 525 a.C.
- XXVII dinastía	525 - 404 a.C.
- XXVIII dinastía	404 - 399 a.C.
- XXIX dinastía	399 - 380 a.C.
- XXX dinastía	380 - 343 a.C.
- XXXI dinastía	343 - 332 a.C.
Período helenístico	332 - 30 a.C.
Dominación macedónica	332 - 305 a.C.
Dinastía ptolemaica	305 - 30 a.C.
Período romano	30 a.C. - 395 d.C.